

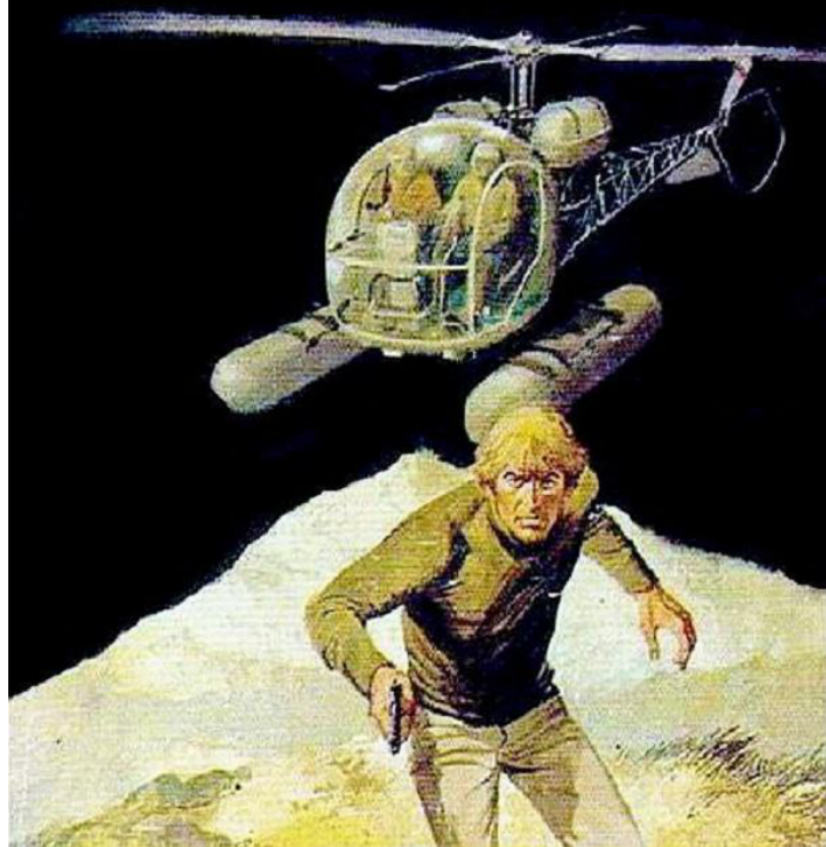
BOLSILIBROS



SERVICIO SECRETO

VIVIR ETERNALEMENTE

de Lou Carrigan



El día doce de diciembre de mil novecientos setenta y tres, a las seis de la tarde, el agente de la CIA Alan Carpenter, estaba delante de la estación de la Avenue Thiers, de la *Société National des Chemins de Fer* francesa, en Niza.

Ya de noche, contemplaba su reloj de pulsera a la luz de la estación. Sí. Las seis en punto. Ciertamente, no tenía por qué confiar en una gran puntualidad por parte del agente soviético al que había escrito a París, citándolo allí, en Niza. Podía ser, incluso, que el ruso Boris Vetenko ni siquiera aceptase el encuentro, por mucho que le intrigase lo que él tuviese que proponerle. Había conocido a Vetenko un año y pico antes, cuando aquel asunto de los albaneses, y sus relaciones, de acuerdo a lo previsto entonces por la CIA, habían sido muy buenas. Ahora, más de un año después, quizá Vetenko recordase aquellas buenas relaciones, y quizá no.



Lou Carrigan

Vivir eternamente

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1461

ePub r1.0

Titivillus 29-11-2019

Título original: *Vivir eternamente*
Lou Carrigan, 1974

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



NIZA

CAPÍTULO PRIMERO

El día doce de diciembre de mil novecientos setenta y tres, a las seis de la tarde, el agente de la CIA Alan Carpenter, estaba delante de la estación de la Avenue Thiers, de la *Société National des Chemins de Fer* francesa, en Niza.

Ya de noche, contemplaba su reloj de pulsera a la luz de la estación. Sí. Las seis en punto. Ciertamente, no tenía por qué confiar en una gran puntualidad por parte del agente soviético al que había escrito a París, citándolo allí, en Niza. Podía ser, incluso, que el ruso Boris Vetenko ni siquiera aceptase el encuentro, por mucho que le intrigase lo que él tuviese que proponerle. Había conocido a Vetenko un año y pico antes, cuando aquel asunto de los albaneses, y sus relaciones, de acuerdo a lo previsto entonces por la CIA, habían sido muy buenas. Ahora, más de un año después, quizá Vetenko recordase aquellas buenas relaciones, y quizá no.

Quizá, ciertamente, Boris Vetenko no acudiese a la cita... Pero, con toda seguridad, la MVD en París no desestimaría la ocasión de entrar en contacto con un agente de la CIA, que había escrito a uno de sus agentes diciéndole que tenía una oferta interesante.

No. La MVD no dejaría pasar aquella oportunidad de escuchar lo que tuviese que ofrecerles un agente de la CIA que, inopinadamente, aparecía en Niza y concertaba una cita. Quizá no enviasen al propio Vetenko, pero lo seguro era que alguien acudiría.

Y acudió el propio Boris Vetenko.

Apareció a las seis y un minuto, caminando tranquilamente hacia Alan Carpenter, que lo reconoció en el acto. Algo más de un año era muy poco tiempo para que un hombre, de alrededor de treinta años, cambiase lo más mínimo. Los dos debían estar poco menos igual que cuando se habían conocido en París. Y por lo tanto, Vetenko también lo reconoció a él enseguida.

Boris Vetenko pasó por su lado, sin mirarlo, y entró en la estación. Alan Carpenter estuvo todavía allí un par de minutos, en la calle, como esperando a alguien que, al parecer, no iba a llegar. Así que, tras mirar una vez más su reloj, entró también en la estación.

Un vistazo, y localizó a Vetenko, delante de uno de los quioscos de libros, pagando una revista. Carpenter fue hacia allá, pidió *LUÍ* y *Playboy*, y pagó con un billete de cien francos.

Mientras esperaba el cambio, se volvió hacia Boris Vetenko.

—¿Qué tal, camarada Vetenko? —sonrió.

—Muy bien, gracias, «señor» Carpenter.

—¿Hablamos aquí o buscamos un sitio adecuado? —sonrió más ampliamente Alan Carpenter.

—Éste es un buen sitio. A mí se me ve muy bien si alguien quiere molestarme, pero a usted también le están viendo perfectamente dos de mis camaradas.

—Entiendo. Pero, en cuanto a mí, he venido solo, Vetenko.

—Mejor para mí, entonces.

—Y a mí no me preocupan sus dos amigos —aseguró Alan Carpenter—. Bien...

¿Pagarían ustedes un millón de dólares por cierta información?

El agente soviético alzó las cejas, y contempló con cierta ironía al agente americano.

—Hay informaciones que no valen ni un copec, Carpenter. Y hay informaciones que resultan baratas por un millón de dólares. Pero eso ya lo sabe usted, ¿verdad?

Alan Carpenter se volvió, tomó el cambio que le tendía la mujer del quiosco, se lo guardó..., y sacó muy despacio la mano del bolsillo.

—Mi información vale esa cantidad. Y creo que mucho más... Pero me conformaré con el millón de dólares y la debida protección durante un tiempo prudencial. Dentro de unos años, un pasaporte adecuado y el olvido por parte de ustedes.

—Aclaremos, ante todo, una cosa: ¿está usted traicionando a la CIA?

—Sí.

—¿Por qué?

—Por un millón de dólares, evidentemente. Estoy hasta las narices de mezquindades económicas y de maniobras personales que no le permiten a uno ocupar puestos que, por sus méritos, le corresponderían.

—Ya. Ya entiendo... ¿Qué información es ésa?

Se quedaron mirándose, y sonrieron a la vez, moviendo la cabeza. Parecían divertidos.

—He preguntado una tontería, ¿verdad? —Casi rió, por fin, Vetenko

- . Bueno, debe haber un medio para que lleguemos a un acuerdo.
- Hay uno infalible: yo le entrego el microfilme que he... montado, y usted me entrega un millón de dólares y me pone camino de Rusia, donde permaneceré protegido algún tiempo. Por supuesto, antes de llegar a Rusia se me permitirá, con las debidas garantías, depositar ese dinero en un Banco de Suiza.
- Todo eso puede ser muy complicado.
- Para nosotros no hay nada tan complicado que no pueda resolverse.
- Está bien. Pensaremos en ello. Naturalmente, yo tengo que consultar. Respecto a ese microfilme..., ¿qué digo? ¿Lo tiene usted aquí, a su disposición inmediatamente, para entregárnoslo en el acto si le pagamos?
- No. No lo tengo aquí —negó con astuta sonrisa, Carpenter—. Está en cierta pensión italiana, donde lo recogeré, con el nombre de Mario Francini, cuando llegue el momento.
- ¿Eso quiere decir que tendríamos que ir a Italia con usted?
- No. Usted hace su consulta, me dice si me van a pagar o no, y, si aceptan, volveremos a encontrarlos dentro de unos días en Ginebra. Allí, le entregaré el microfilme, y usted a mi el dinero. Depositaré el dinero en un Banco, y luego partiremos hacia Moscú. Aunque quizá no me he expresado bien... Primero, recibo el dinero, lo llevamos al Banco, y vamos a recoger el microfilme y al punto de salida hacia Rusia.
- ¿Quiere que le demos el dinero antes de recibir el microfilme?
- Si le engaño, podrán matarme. Dígame de qué me serviría un millón de dólares, una vez muerto.
- Haré la consulta. ¿Cuándo y dónde volvemos a vemos?
- Cuando usted quiera y donde quiera.
- Puedo llamarlo a su hotel.
- No tengo hotel. Duermo por ahí, y como donde estoy cuando tengo hambre. No tengo ni siquiera equipaje.
- Está dejando una pista muy difícil de seguir, ¿no es así?
- Eso espero. Aunque soy demasiado conocido en la CIA, he estado varias veces en Europa... No sé. Supongo que, en efecto, todo me está saliendo bien.
- Pero la CIA ya sabe que usted ha desertado, ¿no?
- Supongo que sí.

—Y deben estar buscándolo.

—Lógicamente. Por eso quisiera llegar cuanto antes a Rusia.

Boris Vetenko vaciló unos segundos, antes de proponer:

—Podemos llevarlo con nosotros, y esperar juntos la respuesta a mi consulta.

—Muy amable.

—No —negó Vetenko—. ... Es sólo que no me gustaría que sus camaradas le encontrasen y le matasen antes de que yo pudiese conseguir ese microfilme que vale un millón de dólares.

—De todos modos —sonrió Carpenter—, acepto.

—Espere aquí un momento, por favor.

Boris Vetenko se alejó, y Alan Carpenter lo vio entrar en los lavabos. Detrás de él fueron entrando varios hombres, de modo que era difícil saber cuál, o cuáles de ellos, eran los compañeros del ruso. De todos modos, para el espía americano estuvo bien claro que en los lavabos, Boris Vetenko estaba conferenciando por lo menos con uno de sus camaradas de la MVD.

Encendió un cigarrillo, y estuvo esperando, con absoluta serenidad, durante los cuatro o cinco minutos que duró la conferencia en los lavabos. Por fin, apareció Vetenko, que se dirigió hacia él sin disimulo alguno.

—Dentro de poco pasará por delante de la estación un coche que nos recogerá —dijo—. ¿Le parece bien?

—Desde luego. Bueno, Vetenko, dígame: ¿qué tal le han ido las cosas por París durante este año y pico?

—Bien. Sólo un cretino lo pasaría mal en París, teniendo en el bolsillo unos cuantos francos.

—Ésa es la cuestión —murmuró Carpenter—: los francos.

O los dólares, los rublos, los marcos... ¿Ha estado operando todo este tiempo en París, con base en la *Aeroflot*?

—Escuche, Carpenter, usted me resultó simpático, y nos entendimos bien hace tiempo, pero no se pase, ¿comprende? No tengo por qué facilitarle ninguna información sobre mi vida, y mucho menos, sobre mi trabajo. Por otra parte, la CIA debe estar muy al corriente de las pequeñas cosas que haya hecho en París, ya que usted, al regresar a Washington debió apresurarse a decir quién era yo y dónde encontrarme... ¿no es así?

—Sólo intentaba ser amable, conversar... Y además, ¿acaso no hizo

usted lo mismo conmigo?

—Desde luego —admitió el ruso—. ... Y supongo que en Moscú constarán en nuestros archivos muchas de sus actividades.

—Habrán tenido que trabajar mucho para vigilarme —rió Alan Carpenter, divertido—, porque durante este tiempo me he movido mucho. Soy de los que viajan con frecuencia.

—No se moleste en darme explicaciones: sabré de usted todo lo que quiera, consultando su ficha en los archivos del Directorio de la MVD.

—Yo de usted no estaría tan seguro. Pero, en fin, no discutamos, Vetenko. No veo por qué hemos de convertir este encuentro de viejos amigos, en un áspero contacto profesional. ¿Tenemos tiempo de ir a beber algo?

—No. Permaneceremos aquí hasta que yo le diga. En silencio.

—*Okay*, colega. Yo también sé tener la boca cerrada... cuando me conviene.

Alan Carpenter demostró esto. Permaneció en silencio, igual que Vetenko, durante unos minutos. Por fin, vio la viva expresión en los ojos del ruso, y siguió la dirección de su mirada. En la salida de la estación había un hombre terminando de hacer una seña. Enseguida, desapareció hacia la calle.

—Vamos —dijo Vetenko.

Caminaron hacia la puerta donde había aparecido aquel hombre, salieron a la calle... Delante había un coche, y Vetenko lo señaló. Junto a la puerta delantera derecha había un hombre, viéndolos acercarse; naturalmente, era el que había hecho la seña a Vetenko. Y al volante del coche, lógicamente, debía haber otro hombre, esperando, con el motor del vehículo en marcha...

Estaban a menos de tres metros del coche cuando Vetenko y Carpenter vieron, a la vez, el cambio en la expresión del hombre que miraba hacia detrás de ellos. Fue una súbita y clarísima expresión de alarma, que los dos agentes secretos interpretaron con toda exactitud aún antes de que el otro, en ruso, iniciase su advertencia verbal:

—¡Boris, detrás tuyo...!

Boris Vetenko no tuvo tiempo de volverse... Echó la cabeza y los hombros hacia atrás al recibir el balazo en la espalda, y el impulso producido por el impacto lo tiró contra el coche; rebotó y cayó de

espaldas en la acera.

Simultáneamente, otras cosas estaban sucediendo: el ruso compañero de Vetenko había sacado su pistola, apuntando a Carpenter, pero inmediatamente comprendió que, por lo que fuese, se estaba equivocando, ya que también estaban disparando contra él los tres hombres que habían salido de la estación en pos de él y de Boris. Hasta el punto de que Alan Carpenter, que había reaccionado con más agilidad que Vetenko, recibió en un costado la bala que iba dirigida a su espalda... Y girando a consecuencia del balazo, sacó también su pistola, y disparó contra uno de aquellos hombres...

Una fracción de segundo antes de disparar a su vez, el ruso vio el agujerito que apareció en la frente de uno de los tres atacantes, que saltó hacia atrás grotescamente, con los pies más arriba que la cabeza, y cayó sobre ésta un par de metros más allá. Carpenter disparó inmediatamente contra otro de los atacantes, que lanzó un aullido, giró, cayó de bruces, se puso inmediatamente en pie, y corrió hacia el interior de la estación, mientras el tercero, que se disponía a disparar de nuevo contra Carpenter, recibía en un hombro la bala disparada por el otro ruso, rodaba por el suelo perdiendo su pistola, y comenzaba a ponerse torpemente en pie...

El otro ruso pareció dispuesto a seguir disparando, pero el grito de Carpenter le contuvo:

—¡No! ¡Vámonos!

El propio Carpenter había asido a Vetenko por los sobacos, y, entrando de espaldas en la parte trasera del coche, lo arrastraba. El otro le ayudó a introducir a Vetenko en el coche, se volvió hacia el atacante herido en el hombro..., y vio llegar, por la Avenue Thiers, pistola en mano, a otros dos hombres... Sin vacilar ya, se metió dentro del coche, gritando:

—¡Arranca, Igor! ¡Vienen más americanos!

El coche partió de allí como disparado por un cañón, Avenue Thiers arriba, mientras, ante el espanto de los transeúntes, que corrían sin saber donde esconderse, los otros dos hombres armados llegaban allí, alzaban sus pistolas, y disparaban contra el coche, sin acertarle, debido al movimiento de

zig-zag

que Igor le imprimía... Junto al bordillo llegó otro coche más

grande que el que utilizaban los rusos, y se detuvo con un seco frenazo. Los dos últimos en llegar a la refriega estaban recogiendo al hombre muerto de un disparo en la frente por Alan Carpenter, y corrían hacia el coche, cargados con él. De la estación salieron los otros dos, heridos, corriendo como locos, y se metieron también en el coche, que partió en pos del primero.

Dentro de éste, Mihail Zekov, que había guardado su pistola, estaba abriendo la chaqueta de su camarada Boris Vetenko... Al ver el lugar donde la mancha de sangre se iba extendiendo, se mordió los labios, y miró hacia el conductor del coche, Igor Bolonov.

—Está muy mal... Tenemos que escapar como sea, y buscar un médico... ¡Conduce con cuidado mientras estemos en la ciudad! ¡Se nos va a echar encima la Policía, o...!

Igor Bolonov asentía con la cabeza. Redujo la velocidad, adoptando una adecuada al interior de la población, con lo que no llamarían la atención de nadie.

—¿Nos siguen? —preguntó.

—No —dijo Carpenter, que miraba por el cristal de atrás—. Parece que los hemos despistado.

—¿De veras? —lo dijo furiosamente Mihail—. ¡Todo este truco que...!

—¡Váyase al infierno! —gritó Carpenter—. ¡Qué demonios de trucos ni qué m...! ¿Es que no ve mi herida, idiota?

—¿Pretende hacerme creer que esos compañeros de usted estaban ahí por casualidad? —Gruñó amenazadoramente Mihail.

—¡Claro que no estaban ahí por casualidad! ¡Me habían localizado sin que yo me diese cuenta, me estaban vigilando, nos han visto a Boris y a mí charlando...! ¡Querían saber qué hacía yo, y cuando han comprendido que los iba a dejar atrás en un coche, han querido matarme, pues deben tener esas órdenes! ¿Usted no entiende esto?

Mihail Zekov vaciló. Se mordió los labios, y miró también hacia atrás. Estaban subiendo por el Boulevard de Cimiez, ya cruzando la Coline. Miró de reojo a Alan Carpenter, que estaba muy pálido, y se sujetaba el costado herido con la mano izquierda. En su frente brillaban diminutas gotitas de sudor, tan juntas, que parecían simplemente una sola mancha húmeda.

Volvió a mirar hacia atrás, y encogió los hombros.

—No vienen —murmuró; se sentó bien en el asiento, y miró el

rostro de Boris Vetenko—. Conduce con cuidado, Igor, por favor.

—Tranquilo.

—¿A dónde vamos ahora? —preguntó Carpenter.

—A un lugar desde el cual escaparemos de estos lugares, en helicóptero. Teníamos previsto un contratiempo, Carpenter. Y parece que nuestras previsiones no han sido en vano.

—Escuche, ya le he dicho que no tengo nada que ver con esto. Por todos los demonios, ¿qué ganaría yo? Si hubiese querido matar a Boris podría haberlo hecho con toda tranquilidad en París. Es más, ni siquiera tenía por qué molestarme en hacerlo personalmente. Lo que yo quiero...

—Boris ya me dijo todo lo que usted quiere, cuando charlamos en los lavabos —cortó Mihail Zekov.

—Pues en ese caso, dígame qué sentido tendría que yo hubiese organizado esto.

—No lo sé. Pero ya lo sabré. Vendrá con nosotros, Carpenter, y ya veremos si nuestros jefes aceptan todo este tinglado.

—De acuerdo. Iré con ustedes. ¿Iremos directos a Moscú?

—Desde luego que no. Antes de...

—¿No iremos directos a Moscú?

—Ya le he dicho que no.

—¡Si no vamos directamente allí, nos van a encontrar los de la CIA!

—exclamó Alan Carpenter.

—Tranquilícese —intervino Igor, desde el asiento delantero—. Iremos a un lugar seguro.

—¿Ah, sí? Bueno, yo también creía que en Niza estaba seguro, ¿se entera? He viajado sin equipaje, con nombre falso; he pasado las noches durmiendo por ahí; me he pasado el tiempo escondiéndome... Y ya lo han visto: me han encontrado. No sólo eso, sino que me han estado vigilando, me han estado controlando, esperando a ver qué hacía, qué pretendía... ¡Si no vamos inmediatamente a Rusia, volverán a encontrarme!

—Le buscaremos un buen lugar, no se preocupe por eso. Además, antes que nada hay que conseguirle un médico a Boris, para...

—Ya no lo necesita —murmuró Mihail.

Igor Bolonov lanzó una exclamación, mientras Carpenter miraba sobresaltado a Boris Vetenko. Estaban ya en plena colina, y la luz era muy escasa allí. Pero, por la ventanilla el resplandor lívido de la

luna llena penetraba hasta los ojos de Boris Vetenko, muy abiertos, fijos, brillantes, vueltos hacia el techo del coche. Bolonov lo sacó de la calzada a medias, frenó, y se volvió en el asiento.

—¿Ha muerto? —susurró.

Mihail no contestó. Bajó los párpados de Boris Vetenko, y quedó inmóvil, silencioso, contemplando el crispado rostro de su camarada, cuya nuca se apoyaba en el respaldo del asiento. Igor Bolonov, tan pálido como Mihail Zekov, ambos casi tan pálidos como se veía el rostro del camarada muerto, se pasó la lengua por los labios antes de jadear:

—Malditos americanos... ¡Sólo saben...!

Alan Carpenter sacó velozmente su pistola, y apuntó a Mihail.

—No se muevan —ordenó, con voz aguda, chillona—. ¡No se muevan ninguno de los dos! Primero usted, saque la pistola con dos dedos, que cuelgue flojamente, y pásemela. Luego, usted —movió una mano hacia el petrificado Igor—, sin variar de postura, saque su pistola, y pásemela por encima de su cabeza. Dispararé al menor movimiento que me sobresalte, están advertidos.

No hubo movimientos de esta clase. Los dos rusos entregaron sus pistolas, en silencio, mirando con fijeza terrible al espía americano.

—Y ahora, van a salir del coche, van a sacar a su compañero, y se alejarán, para que yo pueda pasar al volante y marcharme.

—No sé qué clase de juego está haciendo, Carpenter —dijo con voz ronca Mihail—, pero se está condenando a muerte. Su actitud no puede ser más clara ahora.

—¿Eso cree usted? Muy bien, no me importa. Pero le diré lo que pretendo: alejarme de ustedes. ¿Y saben por qué?

—¿Por qué?

—Porque los de la CIA los han visto, porque no quieren llevarme inmediatamente a Moscú, y porque si no lo hacen así, sé que nos encontrarían a todos. De manera que no me interesa su compañía.

—¿Va a desistir de obtener su millón de dólares?

—Ustedes no son los únicos que pueden pagar esa cantidad. Mi oferta es buena para todos los servicios secretos. Por ejemplo, los chinos pagarían muy a gusto por mi microfilme. Pero no quiero engañarlos: preferiría tratar con ustedes. Ya lo he demostrado, ¿no?

—Siga con nosotros, y...

—No. Ya les digo que la CIA los ha visto, los conoce a ustedes

también. Dentro de poco, nuestras fotografías estarán circulando por toda Europa. No, gracias; viajaré mejor solo. Buscaré un lugar seguro, y quizá... quizá vuelva a tratar con ustedes. No lo sé. Lo que sí sé con toda seguridad, es que no podré escapar mientras tenga cerca agentes rusos que llamen la atención de la CIA. En cambio, estando solo, podré esconderme muy bien durante un tiempo. Ahora, salgan del coche, y saquen a Boris.

—Si su jugada con nosotros era limpia, está cometiendo un error ahora.

—Es posible. Pero el mayor error sería dejarme matar estúpidamente. Cuando me considere seguro, quizá vuelva a buscar contacto. Ahora viajaré solo. Salgan. ¡Vamos, fuera del coche!

Salió él en primer lugar, y estuvo vigilando mientras Igor y Mihail sacaban a Boris Vetenko. Les ordenó que se alejasen, pasó al volante, y partió de allí.

Un día más tarde, Alan Carpenter enviaba un telegrama desde Mónaco a un caballero que vivía en Madrid. El texto del telegrama, en español, era el siguiente:

«La primera parte del negocio ha salido estupendamente. Prosigo viaje. *Ricardo*».

CAPÍTULO II

A la misma hora, en un pequeño chalé muy cerca de Niza, Basili Tichirian, recién llegado de París, contemplaba el cadáver de Boris Vetenko, colocado sobre una cama. Tras él, algunos agentes de la MVD permanecían en silencio, inmóviles, esperando las disposiciones del jefe de París.

Pero el jefe de París, Basili Tichirian, parecía tener dificultades para tomar decisiones. Ya había vivido mucho en aquella profesión, y, sin embargo, él mismo notaba en su rostro aquel frío de siempre, aquella palidez, aquella tirantez en sus facciones, mientras contemplaba las del simpático Boris Vetenko. *¡Dosvidania, tovarich!* El camarada se iba para siempre. ¡Adiós, camarada! En Rusia nadie esperaba a Boris Vetenko. En París, sí... Pero Katia Ilianov esperaba en vano el regreso del compañero que había salido de París *para resolver unos pequeños asuntos personales*. Y al final, seguramente muy pronto, ni siquiera Katia Ilianov esperaba a Boris Vetenko. De modo que, por último, nadie lo echaría de menos. Nadie.

Se volvió por fin, y murmuró:

—Está bien. Enviadlo ya.

Salió del dormitorio y fue a ocupar un sillón en el saloncito. Alzó la cabeza cuando sus hombres pasaron llevando el cadáver de Boris Vetenko envuelto en una manta. Luego, oyó el rumor del helicóptero que efectuaría la primera etapa con su carga.

Cuando volvió a alzar la cabeza, todos sus hombres estaban ante él, mirándole, esperando.

—Vamos a buscar a ese americano por toda Europa —dijo Basili Tichirian.

CAPÍTULO III

La primera noticia llegó al chalé sólo dos días más tarde:

—Ha cruzado la frontera italiana, por Ventimiglia.

El viejo lobo Basili Tichirian se quedó mirando al enlace que recibía las noticias por radio.

—¿La ha cruzado él... o el coche que nos robó?

—Evidentemente, el coche —dijo el enlace—. Pero también evidentemente, él iba en el coche. Sabemos que en Italia se puede instalar con el nombre de Mario Francini, a cuyo nombré se envió el microfilme, a una pensión. Debe tener un pasaporte italiano a nombre de Mario Francini; de otro modo no le habría sido fácil cruzar la frontera. Claro que podría ser una maniobra de los americanos...

Tichirian reflexionó unos segundos, y acabó moviendo negativamente la cabeza.

—No. Sabemos ya con toda seguridad que, en efecto, mató a uno de la CIA, e hirió a otro. Si todo fuese un truco, sería llevar las cosas demasiado lejos.

—Además, a él le hirieron los de la CIA. Y Mihail e Igor dicen que dispararon contra él, a matar. Todo tiene que ser verdad: se ha escapado de Estados Unidos con algo que vale mucho. Por otra parte, sabemos que la CIA está removiendo toda Europa en su busca. Se han repartido fotografías de él en abundancia.

Tichirian asintió con un gesto, se puso en pie, y fue hacia el gran mapa de Europa clavado en la pared. Su mirada quedó fija en la frontera francoitaliana, en la localidad de Ventimiglia.

—Italia —murmuró—. Bien, por algún sitio tenía que escapar de Francia, y es lógico que haya ido a Italia si tiene un pasaporte italiano. Encontrar a un hombre en Italia no va a ser fácil, teniendo en cuenta que es un experimentado agente secreto, pero quizá sea fácil encontrar el coche, el «Peugeot» 6780 HR 75. Aunque si yo fuese Alan Carpenter me desharía del coche lo más pronto posible.

—Seguramente, él no es menos listo que nosotros —murmuró el enlace—. Una vez en Italia puede llegar a esa pensión por mil

medios diferentes. Se supone que tenía algo de dinero, además. Lo debía tener todo previsto, ¿no crees, camarada Basili?

—Supongo que sí. Todo, menos que le hiriesen. No hay que olvidar ese detalle. En alguna parte de Italia, él tendrá que comprar cosas para curar su herida: gasas, alcohol, vendas...; posiblemente, antibióticos. Y ropa. También tiene que comprar ropa, pues no puede ir por ahí con un traje manchado de sangre. Otra cosa posible es que haya recurrido a cualquier médico italiano, pagándole bien su silencio o matándolo después de ser atendido por él. Que se tenga todo esto en cuenta. Y que los de Italia investiguen acerca de la posible muerte de un médico en circunstancias no demasiado claras.

Bueno, ya sabes.

—Todo está en marcha, camarada Basili.

—Bien... Italia. ¿Y si quisiera también cruzar la frontera italiana, hacia Yugoslavia? Puede pretender llegar a Albania, para vender allí el microfilme, utilizando a los albaneses como intermediarios entre él y los chinos.

—Podría ser. Pero es un camino muy largo. Y no es fácil circular por Yugoslavia de cualquier manera. Además, lleva un coche francés, es decir, que destacaría demasiado.

No creo que tenga previstas tantas cosas. Yo más bien creo que se quedará en Italia, escondido, esperando que las cosas se calmen.

Basili Tichirian volvió a sentarse en el sillón, con gesto fatigado.

—Esta mañana me llegaron unas copias del expediente que nuestro directorio tiene de Alan Carpenter. Es un hombre de gran movilidad y muchos recursos, Gustav. Es un agente dinámico, no estático. Ha viajado mucho. Y parece ser que no tiene miedo a nada, según nuestros informes. Así que mucho cuidado con él. Quiero que quede bien claro que debe ser localizado, simplemente; no atacado.

—Eso está sabido, camarada Basili. ¿No sabemos todavía nada de Estados Unidos?

—Todavía no. Pero nuestros camaradas allá están trabajando en el asunto. Tardarán quizá una semana, pero tendremos todos los datos de los últimos movimientos de Carpenter allá, y se investigará su vida privada de un modo más minucioso. Aunque no creo que eso sirva de gran cosa: todos los indicios nos confirman que es un desertor, un traidor.

Consiguió algo importante, escapó y vino aquí a conseguir un millón de dólares, protección durante un tiempo y, finalmente, un pasaporte. Daría cualquier cosa por saber qué tiene Carpenter que valga un millón de dólares.

—Podríamos cazar a un americano y preguntárselo. Sería fácil: hay americanos por todas partes, lo están buscando como locos.

—La idea no es mala —casi sonrió Tichirian— pero dudo mucho que esos agentes americanos sepan nada al respecto. Les han dado la orden de cazar a Carpenter, y eso es todo. Bien. Seguiremos esperando.

CAPÍTULO IV

La paciencia y la efectividad del servicio secreto soviético, obtuvo sus frutos tan sólo otros tres días más tarde: el coche «Peugeot», matrícula de París 6780 HR 75, fue encontrado.

En Venecia. Concretamente, en el fondo del Canale S. Chiara, muy cerca de la estación del ferrocarril de Santa Lucía. La pértiga de un gondolero no se hundió lo debido en el fondo, y además, el gondolero notó algo demasiado duro a muy poca profundidad. Pensó que podía ser algo que dificultase la navegación a embarcaciones mayores que la suya y avisó a las autoridades del puerto.

Tres horas más tarde, de las oscuras y sucias aguas del Canale S. Chiara, el coche era izado por medio de una grúa. Y solamente una hora más tarde, la MVD estaba al corriente de este pequeño acontecimiento.

Inmediatamente, docenas de agentes rusos se concentraron en Venecia.

Y otros tres días más tarde, el enlace entre Italia y el viejo lobo Basili Tichirian aparecía ante éste con expresión entre dura y risueña.

—Lo han encontrado. A él, a Carpenter. Efectivamente, está utilizando el nombre de Mario Francini, y ocupa una habitación en un tal Albergo Solé, en calle Fiubera, detrás de la Plaza de San Marcos.

—O sea, en Venecia —murmuró Tichirian.

—Sí, claro... En Venecia.

VENECIA

CAPÍTULO I

El día antes de Navidad, esto es, doce días después de los acontecimientos de Niza, Alan Carpenter consideró que su herida del costado estaba prácticamente curada. Ciertamente que aún estaba abierta, y que se veía el desgarrón producido por la bala como si fuese una mancha rosada y retorcida, pero cualquier peligro de infección había pasado, y, por fortuna, la bala no había tocado ningún hueso, sino que se había deslizado entre dos costillas.

Así pues, para un hombre duro y fuerte como él, la cosa dejaba de tener importancia. Unos cuantos días más, y hasta se olvidaría de la herida.

Pero no de su misión, acerca de la cual comenzaba a sentir ya cierta impaciencia. Doce días era demasiados. ¿Es que los rusos eran tan tontos que no sabían encontrarlo ni siquiera con las buenas pistas que les había dejado?

Con la camisa a medio poner, se sentó en el borde de la cama, y reflexionó: Primero les dice que se ha enviado a sí mismo el microfilme a una pensión de Italia, a nombre de Mario Francini. Luego, cruza la frontera con el coche de ellos. Llega a Venecia, y de madrugada, tira el coche a un canal poco profundo. Hasta aquí, bien, porque sabía que el coche había sido encontrado, hacía ya seis días.

Seis días. ¿Y en seis días el servicio secreto soviético no había sabido encontrar a Mario Francini en una pensión de Venecia?

—A lo mejor —sonrió secamente— voy a tener que salir a la calle con un cartel colgado del pecho indicando que me llamo Mario Francini.

Lo cual, claro, no dejaba de ser una muestra de su humor, ya que en modo alguno podía hacer esto. No. Tenían que ser ellos quienes lo encontrasen, y buscasen el contacto. Y esta vez, ya no habría que jugar más: lo aceptaría todo, les entregaría el microfilme, y se iría con ellos a Rusia.

Una vez allí, lentamente, empezaría la verdadera labor del agente americano Alan Carpenter. Al principio, lo sabía muy bien y, desde

luego, estaba previsto, se le miraría con desconfianza. Pero, poco a poco, muy lentamente, se iría ganando la confianza de los rusos, o, cuando menos, su respeto hacia sus cualidades profesionales de agente secreto de altos vuelos. Sí los rusos se resistirían durante un tiempo a utilizarlo. Quizá durante dos o tres años.

«No importa —se dijo—. No importa el tiempo».

Se puso en pie, fue hacia el diminuto cuarto de aseo y acabó de ponerse bien la camisa. Luego, la corbata. Y un grueso jersey. Hacía frío en Venecia. Pero más frío pasaría en Rusia.

—Tampoco esto importa —dijo en voz alta, mirándose al espejo.

Se había dejado barba desde que escapara de Niza. Pero dos semanas escasas de barba no podían ser suficientes para desconcertar a los agentes rusos. Y en cambio, producía la sensación de que él sí quería desconcertarlos. A los rusos y a los americanos, claro.

Y al pensar en los americanos. Alan Carpenter pensó una vez más en el agente de la CIA que había matado de un disparo en la frente, delante de la estación del ferrocarril de Niza. La verdad era que pensaba en aquel hombre con frecuencia. Lo veía saltando hacia atrás, con los pies muy hacia arriba, cayendo de aquel modo grotesco. Y hasta recordaba el pequeño orificio negro inferido por la bala que él había disparado.

¿Tampoco esto importaba?

«Ha sido un sacrificio brutal, se dijo Alan, siempre con su mirada fija en sus propios ojos por medio del espejo. Pero de otro modo, jamás habría podido convencer a los rusos».

Y de eso se trataba, de convencer a los rusos, de que lo llevasen a Rusia, de que lo tuviesen allí un tiempo. Un tiempo que él tendría que saber aprovechar muy bien. Sí, al principio desconfiarían, y no poco, del traidor americano. Dos, tres, cuatro años... Pero finalmente, llegarían a la conclusión de que era absurdo tener un hombre de sus cualidades inactivo. El ya habría hecho insinuaciones, y, finalmente, se lo propondrían:

«¿Quería trabajar con ellos, con los rusos?».

El aceptaría. No con gran entusiasmo, sino porque se aburría, porque echaba de menos la vida activa. Al principio le darían trabajos pequeños, de poca importancia, y lo vigilarían. Lo vigilarían muy estrechamente. Y eso sería perder el tiempo, porque

realmente, él trabajaría con toda lealtad para los rusos. En un par de años más se convencerían de ello. Y luego, otros cinco años. Finalmente, cuando hiciese diez años que habría abandonado Estados Unidos, Alan Carpenter estaría considerado como uno de los mejores elementos adictos al servicio secreto soviético, al Partido, y a todo lo que quisieran.

Y entonces... Entonces, a partir de mil novecientos ochenta y cuatro. Alan Carpenter comenzaría su verdadera labor de espía en favor de los servicios secretos norteamericanos.

Todo estaba previsto.

Pero, para que esto llegase, la gran comedia debía continuar.

Salió del cuarto de aseo, y se puso la chaqueta. Como de costumbre, pasearía por Venecia, sin alejarse mucho de la pensión. Llegaría a la Plaza de San Marcos, pasearía por Riva degli Schiavoni, volvería a la Plaza de San Marcos, tomaría un café allí... Aunque hacía frío, era agradable pasear por Venecia. Y sobre todo, sería bueno que se acostumbrase al frío.

En ocasiones, un pensamiento terrible cruzaba por la mente de Alan Carpenter-Mario Francini: ¿valía la pena todo aquello? Se iba a pasar el resto de la vida, o poco menos, en Rusia sólo para que la CIA, a partir de mil novecientos ochenta y cuatro fuese recibiendo información de primerísima mano de los servicios secretos soviéticos. ¿Realmente valía la pena? Dentro de diez años, quizá la CIA no se llamase así, y tampoco la MVD. Y quizá ya no existiesen los espías. O quizá el mundo estuviese en paz y no hiciesen falta los servicios de espionaje. O quizá, simplemente, ya no habría mundo donde espiar...

¿Valía la pena?

Cada vez que pensaba esto, siempre fugazmente. Mario Francini se pasaba un dedo por la frente, como retirando una gotita de sudor. Pero él sabía que su intención era «borrar» de su mente aquel pensamiento que podía hacerle vacilar en su misión.

Fue hacia la puerta pasándose un dedo por la frente, la abrió y salió al pasillo. Bajó lentamente las escaleras, llegó al vestíbulo y fue hacia la puerta de cristales de la derecha. Llamó a ellos suavemente, y a los pocos segundos abrió una mujer. A Mario Francini le resultaba simpática Oriana Lualdi. Era una mujer menudita, de unos sesenta años, con el cabello ya casi completamente gris, pero con

unos ojos negros muy vivos, siempre sonrientes. Y tenía un cutis todavía sorprendentemente lozano, sonrosadito, que encajaba con su sonrisa dulce y encantadora. Era una mujer que inspiraba, en el acto, simpatía y afecto.

—Buenas tardes, *signora* Lualdi. ¿Algo para mí?

—Ah, no... No, *signore* Francini. Lo siento.

—¿Lo siente? —Frunció Simpáticamente el ceño Mario—. ¿Acaso tiene usted la culpa?

—No —rió ella—. ¡Claro que no! Pero como cada día me pregunta usted si tiene carta, y nunca llega...

—Todo llega en la vida —aseguró Mario—, así que esa carta llegará, no le quepa duda.

—Me alegraría por usted. ¿No quiere tomar un café?

—Precisamente voy a dar un paseo, y había pensado tomarlo en la *Piazza*.

—¡Oh, bueno! Pero puede usted tomar uno aquí y otro allí. El café sienta muy bien con este frío. Claro que —sonrió maliciosamente Oriana Lualdi—, a lo mejor a usted le está esperando una persona más agradable que yo y en ese caso...

—¿Más agradable que usted? Bueno, se lo diré a mi manera: acepto ese café.

—¡Oh, magnífico! Pase, pase.

Mario Francini sonrió y guiñó un ojo.

—¿No pensarán algo malo de usted si se encierra a solas con un hombre, *signora* Lualdi?

Ella se echó a reír, y se apartó más de la puerta. La cerró cuando Mario hubo entrado, y señaló el pequeño sofá con funda de espesa cretona floreada.

—Siéntese, siéntese; se le sirvo enseguida. Siempre tengo café a punto. ¿Le gusta con mucho azúcar?

—No. Sólo una cucharadita.

Mario se sentó en el sofá y miró alrededor con curiosidad.

—¿Le gusta? —Apareció Oriana Lualdi de la cocina, con una bandeja en la que había una cafetera y una azucarera.

—Mucho —sonrió Mario—. Es un lugar muy agradable.

—Cuando compré la pensión, hace casi dos años, aquí sólo estaba el conserje y la oficina, ya sabe. El anterior dueño no vivía aquí, pero me sugirió que yo podía arreglarme una de las habitaciones. Estuve

a punto de hacerlo, pero, finalmente, preferí quedarme aquí abajo. Menos escaleras, ¿sabe? Así que lo arreglé a mi gusto, y... aquí vivo. Para una persona sola es suficiente, ¿verdad?

—Y se ahorra usted tener que contratar un conserje —rió Mario.

—Es verdad —rió también ella—. Todo está muy caro en estos tiempos, y no puedo permitirme lujos. La pensión es lo único que tengo y no es precisamente una mina de oro. Pero me da para vivir decentemente, puedo comprarme libros y revistas, ir al cine... No necesito más.

—Quien se conforma con lo que tiene, es millonario —dijo Mario—. ¿No tiene usted familia, *signora*?

—No —musitó Oriana Lualdi—. No, no tengo a nadie. Tuve... tuve un hijo, pero murió hace tiempo en un accidente. Con un coche. Uno de esos pequeños. Iban él y tres jóvenes más: dos chicos y dos chicas. Un... un camión que... que...

Mario Francini tragó saliva con cierta dificultad. Luego, inmediatamente, sonrió y apartó el tema:

—Ese café huele estupendamente.

—Siempre lo hago muy cargado. ¡Oh! Se lo voy a servir a usted en una de mis tazas de porcelana china.

—No, no —alzó las manos Mario—. Soy un poco torpe a veces, y podría romperla.

—Tengo doce —sonrió la anciana—. Han resistido a mi lado muchos años, *signore* Francini. Tantos, que me estoy convenciendo de que aguantarán mucho más que yo. Y eso me parece una tontería. Tengo algo que me gusta, así que... ¿por qué no usarlo? ¿Por temor a que se rompa?

—Eso puede suceder fácilmente.

—Y si no las uso, no se romperán, ¿verdad? Pero entonces, si no las uso, ¿para qué las quiero? Oh, yo creo que cuando muera todavía quedará alguna taza entera.

—Depende de las veces que me invite a café —rió Mario.

Oriana Lualdi volvió a reír. No cabía duda de que estaba pasando un rato estupendo con el más simpático de sus huéspedes. Dejó de remover el café, y le tendió la taza a Mario, que la acercó a su nariz, hizo un gesto de aprobación y bebió un sorbo.

—¡Mmmm...! —elogió expresivamente.

—Es un buen café de Arabia. Bueno, de por ahí abajo, ya sabe. ¿De

verdad le gusta?

—Gustarme es poco. No sé ni cómo expresar mi placer, se lo aseguro.

Oriana Lualdi tomó su taza y se sentó también en el sofá junto a, Mario Francini.

—A mi marido también le gustaba mucho mi café. Era un romano muy guapo. Muy guapo. Nos conocimos en un viaje que hizo a Venecia por negocios. Estuvo aquí tres semanas. Y cuando regresó a Roma me llevó con él.

—Casados, claro.

—No —sonrió dulcemente la anciana—. Pero a mí no me importaba eso lo más mínimo. Nos casamos un poco más adelante, y no crea que eso aumentó mi felicidad. Nos queríamos tanto que...

La llamada a la puerta de cristales interrumpió a Oriana Lualdi, que se quedó un instante desconcertada, como si le costase regresar del mundo de sus bellos recuerdos.

Parpadeó, bebió un sorbo de café y dejó la taza.

—Perdone —pidió, poniéndose en pie.

Fue a abrir. Desde el sofá. Mario Francini vio al hombre que había llamado y casi sonrió. Era bajito, gordito, fino y terso como un bebé y llevaba lentes de montura al aire. Debía tener no menos de cuarenta años, pero parecía el ser más turbado e indefenso del mundo.

—Buenas tardes —oyó su aflautada voz en perfecto italiano—. Yo quería... quisiera saber si disponen de alguna habitación que...

—Pase, por favor —se apartó Oriana Lualdi.

El hombre entró y se pasó una mano por la calva cabeza, gesto que hizo sonreír de nuevo a Mario, aunque lo disimuló lo mejor que pudo. Bueno, en la vida no sólo hay atletas. También hay seres insignificantes, tímidos, indecisos...

—*Buona sera* —le saludó el gordito.

—*Buona sera, signore* —aprovechó Mario para sonreír—. Pase, pase.

—Gracias. ¿Es usted el propietario, o el...?

—No, no. Sólo soy un huésped. La propietaria es la *signora* Lualdi —se puso en pie—. A la que voy a dejar sola con usted para que lleguen a un acuerdo.

—¡Oh! No hace falta que se marche —protestó ella.

—El negocio es lo primero —aseguró Mario—. Y además, no será ésta la última vez que venga a tomar café con usted. Así que... *¡arrivederci! Buona sera, signore.*

—*Buona sera...*

Mario Francini salió del saloncito, cerrando la puerta tras él, oyendo la voz del posible nuevo huésped de Oriana Lualdi:

—*Lo sono Giovanni Colegini, e...*

Salió a la calle, y se dirigió hacia Via dei Fabbri, por la que, girando a la izquierda, llegó a la Plaza de San Marcos.

—Señor —oyó entonces—. Señor, por favor.

CAPÍTULO II

Mario Francini giró hacia su izquierda al oír la voz femenina, y entonces comprendió por qué las palomas parecían volar hacia él. No, no iban hacia él, sino hacia la muchacha que estaba allí, con comida para ellas en una mano alzada. Algunas palomas se habían posado ya en su brazo y picoteaban velozmente. Otras estaban en sus hombros, y una parecía indecisa entre posarse o no en la cabeza de la muchacha.

Así conoció Alan Carpenter-Mario Francini a Gina Mendicoli: mirándole con tímida sonrisa en sus bonitos labios, rodeada de palomas, brillantes sus hermosos ojos oscuros tan grandes... Era tan bonita que durante dos o tres segundos Mario Francini quedó como petrificado. Luego miró a ambos lados, no vio a nadie más y alzó las cejas, sorprendido.

—¿Es a mí? —preguntó, también en italiano.

—Sí, por favor... ¿Sería tan amable de tomarme una fotografía con las palomas?

Mario Francini sonrió.

—Desde luego —accedió acercándose—. Y supongo que, a ser posible, querrá usted que salga también en la fotografía la cúpula.

—Me conformaría con las palomas —rió ella—. ¡Son tan bonitas!

—¿De veras?

Ella abrió mucho los ojos.

—¿No le gustan a usted?

—Pues... Sí. Sí, sí, naturalmente.

—Me parece que no —frunció el ceño la muchacha.

—¡Me encantan las palomas! —rió ahora Mario—. Y será un placer fotografiarlas... con usted. ¿Me permite su cámara?

—¿Mi...? ¡Oh, sí!

Se la descolgó del cuello y se la entregó. Mario echó un vistazo a los indicadores, modificó la luz y asintió con la cabeza.

—Perfecto. ¿No tiene más comida para estos bichos?

—Sí, tengo más en el bolsillo.

—Pues llénese las manos. Van a venir como locas. Y no me lo

explico, porque todo el mundo que viene a Venecia se dedica a darles de comer. ¿Cómo quiere...? —¿Usted es de aquí?

—No.

—Pero tampoco le da comida a las palomas.

—Suelo hacerlo, pero hoy caminaba muy distraído. Ni me acordaba de ellas, la verdad. Por su expresión, me parece que no me cree. ¿Acierto?

—Oh, sí. Sí, sí, le creo.

—Pues yo digo que no. Sin embargo. —Mario metió una mano en un bolsillo, rebuscó y sacó unas migas de pan—. Véalo; aún me queda esto de la última vez. Y le aseguro que no es mi cena.

Ella se echó a reír, sonrojándose un poco y mirando con nueva atención al barbudo sujeto. Por un instante brevísimo, Mario tuvo la impresión de que se estaba contemplando en dos pequeños y extraordinarios espejos llenos de luz y de calor. En aquel instante brevísimo se olvidó del frío, del cielo gris, de todo.

—Me alegro de haberme equivocado con usted —dijo la muchacha—. Quien ama a los animales, por fuerza tiene que amar aún más a las personas. ¡Oh! Espero no estar molestándole, haciéndole perder su tiempo...

—No. ¿Cómo quiere la fotografía? ¿De medio cuerpo o de cuerpo entero?

—No sé... Usted parece que sabe de esto más que yo.

—¿De fotografía? Soy un auténtico experto —miró hacia la cúpula, miró a la muchacha y frunció simpáticamente el ceño—. Y mi gran experiencia me dice que para que usted tenga una fotografía que valga la pena, hay que tomarla desde el suelo. ¿Le parece bien?

—¿Desde... el suelo? ¿Cómo podría hacerlo?

—Muy sencillo, tendiéndome en él boca abajo.

—¡Oh, no, de ninguna manera! Basta con una fotografía normal, para enseñarla a mis amigas de Roma. No voy a permitir que usted se tire al suelo, señor.

—Usted llene sus manos de comida; yo haré el resto.

La muchacha vaciló, pero llenó sus manos de comida para las palomas, que parecían a punto de cubrirla completamente. Mario retrocedió unos pasos, ladeó la cabeza, estudió la posición... De pronto, se tendió en el suelo, y apuntó la cámara hacia la muchacha.

—¡No ha debido...! —empezó ella, con los ojos muy abiertos.

Cli-clic,

disparó Mario.

Cargó de nuevo la cámara y lanzó un grito. Las palomas alzaron el vuelo a la vez, momentáneamente asustadas, y la muchacha quedó con los brazos abiertos, alzando la cabeza hacia ellas, revueltos sus rubios cabellos.

Cli-clic,

disparó de nuevo Mario.

Se puso en pie y se acercó a ella, sonriendo.

—Apuesto a que tendrá usted las mejores fotografías que jamás hayan visto sus amigas.

Y ahora creo que saldrá la cúpula.

—No ha debido asustar así a las palomas. ¡Pobrecitas!

—No les pasará nada —refunfuñó Mario—, y usted tendrá para siempre dos buenas fotografías.

—Perdone. Lo siento —murmuró ella—, creo que tiene usted razón.

¿Quiere... quiere que yo le haga una fotografía a usted?

—¿A mí? Se pasmó Mario.

—Bu-bueno, como... como usted tampoco es de aquí, y ha sido tan amable, me... me ha parecido que podía querer también una fotografía en la plaza de Sari Marcos, como recuerdo...

—Ya.

Se quedó mirándola atentamente. Muy atentamente, con una fijeza que pareció amedrentar un poco a la muchacha. Bien..., ¿con quién creían que estaban jugando? ¿De verdad creían que él era un perfecto imbécil? —Bueno— murmuró ella—. Muchas gracias, y ad...

—¿Sabe? —sonrió de pronto Mario—. Estoy pensando que es una buena idea eso de hacerme una fotografía. Siempre y cuando verdaderamente, usted no tenga inconveniente.

—No, no, ninguno. Al contrario, señor.

—Mario Francini —sonrió él de nuevo—. Estoy en una pensión: Albergo Solé, ahí detrás, en la calle Fiubera. Se lo digo por si quiere enviarme la fotografía.

—Sí, claro. Bueno, cuando usted quiera.

—¿Y usted? ¿Cómo se llama?

—Gina Mendicoli.

—Pues, señorita Mendicoli, muchas gracias. Pero, por favor, no se tire usted al suelo; ensuciaría su precioso abrigo. ¿Le queda algo de comida para las palomitas?

—Sí... Sí, un poco, creo.

Al cambiar la comida de mano, éstas se tocaron. Las dos estaban muy frías. Grande, fuerte, áspera la de él. Pequeña, delicada, fina, la de ella. Se miraron un instante, y parpadearon. Luego, Mario se alejó unos pasos, y extendió el brazo con la comida en la palma de la mano. Las palomas no tardaron en acudir, conocedoras del gesto, y Gina tomó la fotografía. Y tomó dos más, hasta que las palomas, tras devorar su comida, aluzaron de nuevo el vuelo.

—Bueno —se acercó Mario—, espero que usted también sepa tomar fotografías. No había pensado en hacerme ninguna, pero ahora que ya me he hecho a la idea, me gustaría tener ésas.

—Yo creo que sí saldrán. Se... se las enviaré a... a esa pensión, señor. Adiós y gracias.

—Espere un momento, por favor. ¿Está usted sola en *Venecia*, según parece?

—Sí. De vacaciones.

—Vacaciones en invierno... ¡Brrr! Pero en fin, supongo que es peor no tener vacaciones nunca. De todos modos, mañana es Navidad. ¿No le ha parecido mejor pasar esa fecha con su familia?

—No tengo familia.

—¡Ah! Bien, lo siento. Yo tampoco —sonrió—. ¿Aceptaría una taza de café? O cualquier otra cosa, claro. *Whisky*, vino, té... En fin, que la estoy invitando.

—¿Por qué?

—Si le digo la verdad, me parece que no aceptará, así que digamos que... me resulta usted simpática, que los dos estamos solos, y que...

—Me gustaría escuchar la verdad —interrumpió Gina.

—Yo creo que no.

—Sí, si.

—Bien. De acuerdo. La invito, porque me parece usted una chica preciosa, solita en Venecia, y yo soy, un hombre más bien atractivo que quizá podría... solucionar su soledad de estos días en Venecia. Primero una copa, luego una cena, un paseo por el Gran Canal...

—¿Y eso qué tiene de malo? ¿Por qué no ha de gustarme?

—Pues... Vaya. ¿Le gusta?

—Menos lo del paseo por el Gran Canal. Me parece que tendríamos mucho frío.

—Si. Seguramente. Y veo el cielo tan blanco, que no me sorprendería nada que acabase nevando. Muy típico de Navidad.

—Y muy bonito.

—Según y cómo. ¿Acepta mi invitación?

—Por el momento, aceptaré un *whisky*.

Mario Francini asintió con un gesto amable.

—Todas las cosas empiezan por el principio —garantizó.

Señaló con la barbilla hacia uno de los cafés, y la tomó del brazo.

CAPÍTULO III

Cerca de la una de la madrugada; estaba nevando en Venecia. Muy poco; sólo unos pocos copos blanquísimos que parecían volar blandamente, dulcemente. Bajo esos copos, caminaban Mario Francini y Gina Mendicoli, abrazados por la cintura, riendo. De un bolsillo de la chaqueta de Mario asomaba una botella de champaña. En la cabeza de Gina, entre sus bonitos cabellos rubios, había una flor, que él le había obsequiado en una de las salas de fiestas. La flor y sus cabellos, se iban cubriendo de pequeños copos blancos, pero ellos reían y se abrazaban con fuerza. No tenían frío.

—La última —decía Mario—. La última botella, y luego te dejo en tu hotel..., después de bebemos la que llevo en el bolsillo.

—No —negaba ella riendo—. ¡No, Mario, ya tengo bastante!, creo que estoy mareada. Además, mi hotel está muy cerca de aquí...

—Entonces..., ¿ya quieres dejarme? ¿Abandonas al bello príncipe encantado que has encontrado en Venecia? ¡El gran príncipe veneciano, Mario Francini! —gritó con fuerza—. ¡Venecia, eres mía! La había soltado, y con los brazos abiertos, giraba como queriendo abarcar toda la ciudad, gritando que era suya. Gina volvió a reír y lo persiguió, pero él seguía dando vueltas, y vueltas, y vueltas, hasta que, finalmente, cayó sentado al suelo y se quedó allí, atónito, como preguntándose qué había pasado.

Gina llegó corriendo, y se inclinó hacia él con expresión asustada.

—¡Mario, Mario...! ¿Estás bien?

—¡Venecia —gritó de pronto Mario—, estoy sentada en ti porque eres mi trono! ¡Soy tu príncipe! ¡Y ésta es tu princesa!

Tiró de un brazo de Gina, sentándola junto a él, con tal brusquedad que ella se fue hacia atrás, pero volviendo a reír. Quiso incorporarse, pero Mario se tendió junto a ella, apoyándose en un codo y temándole la barbilla con la otra mano.

—Pero, no, Venecia, no. Ésta no es tu princesa. ¡Es mi princesa!

La miraba intensamente, y ella dejó de reír. Sobre su rostro arrebolado caían los menudos copos, pero Gina Mendicoli no se movió, ni protestó. Miraba con los ojos muy abiertos y brillantes a

Mario Francini, que, como ella, había quedado serio.

—Gina...

—Mario...

El se inclinó y la besó en los labios, muy despacio, muy suavemente. Tan suavemente como cuando habían estado bailando con música de violines. Primero, un par de copas. Luego un paseo por la orilla del Gran Canal, señalándole Mario los hermosos pero ya viejos palacios de duques y príncipes, mirando los *vaporetti*, las lanchas, las góndolas... Luego, habían cenado en un pequeño *ristorante-trattoria*. Un sitio encantador, donde habían velitas en las mesas, sobre los manteles a cuadros. Los camareros los habían mirado con sonriente complicidad. A ella la miraban mucho, porque era tan bonita...

Y luego, el champaña entre baile y baile, los leves besos deslizados por las finas mejillas de Gina. Y los suaves labios de ella en la dura barbilla de él, sobre la barba...

Mario notó el temblor del cuerpo de ella y dejó de besarla. Se apartó y ella abrió los ojos. —Tienes frío— musitó él.

—No... No, no.

—Estás temblando.

—Pero no es de frío, Mario.

—¿Entonces...?

—No lo sé.

La besó brevemente, se puso en pie, y la ayudó a ella. La abrazó ahora por la cintura y volvieron a besarse. Gina seguía temblando, pero se abrazó desesperadamente a él cuando Mario quiso apartarla, dejar de besarla.

Hasta que, de pronto, lo hizo ella. Apartó su boca de la de él, suspiró, y dijo:

—Adiós, Mario.

El agente de la CIA pareció no comprender.

—¿Adiós...?

—Sí. Aquí nos despedimos. Mi hotel está cerca.

—Pero Gina...

—No.

—Había pensado que...

—No —negó ella con voz aguda—. No, no, no. Mario, ha sido todo tan hermoso... Quiero recordarlo así, no de otro modo. Quizá te

parezca una pobre estúpida por esto, pero... no. Adiós.

—No puedo comprenderte —susurró él—. ¿Qué te ocurre? Los dos estamos bien, juntos, somos felices, reímos, nos besamos... Gina, ¿he hecho algo que no te agrada, ahora? Si yo he...

—No, Mario —ella le besó en la boca fugazmente—. Todo ha sido perfecto, maravilloso. Ha sido la Nochebuena más feliz de mi vida, te lo juro. Y quiero terminarla así, con un beso bajo la nieve, un... adiós para siempre...

—¡Adiós para siempre! —Se sobresaltó él—. ¡No puedes decir eso, Gina! Mañana es decir, hoy, cuando amanezca...

—No. Ya no volveremos a vernos. Mañana..., es decir, hoy cuando amanezca, pasearé por Venecia yo sola. He venido a eso. Y pasado mañana..., es decir, mañana, regresaré a Roma. Adiós, Mario. Te... te enviaré las fotografías.

Mario Francini soltó lentamente la cintura de la muchacha.

—Eres muy amable —susurró—. Adiós, Gina.

—Adiós... Adiós...

Ella retrocedió un par de pasos, mirándole intensamente. Dio media vuelta, y echó a correr, alejándose, resonando sus pisadas blandamente sobre los copos de nieve.

Mario estuvo allí hasta que dejó de verla. Inmóvil, fija la mirada en el último lugar donde había visto a Gina Mendicoli, con la nieve cayendo sobre él, en un silencio aterrador. Bien. Tampoco él estaba lejos de su alojamiento. Metió las manos en los bolsillos, bajó la cabeza, y entonces vio la flor en el suelo. Al caer había escapado de entre los cabellos de Gina. Sus rubios cabellos tan finos, tan bonitos, como si fuesen de sol. Y en cambio..., ¡qué oscuros eran sus grandes ojos!

Se inclinó, recogió la flor, y se la guardó en un bolsillo.

Luego emprendió el regreso, lentamente, hacia la calle Fiubera, hacia el Albergo Solé.

No había ni una sola luz en el portal cuando entró. Sólo el letrero luminoso de la calle, a cuyo resplandor vio la puerta de la vivienda de Oriana Lualdi. La empujó, entró, y encendió la luz. En la tablilla de las llaves estaba solamente la suya, así que sabía lo que tenía que hacer después de recogerla: cerrar la pensión. Una pensión que había sido muy bien elegida por la CIA hacía más de un año. Todo previsto, todo. Lo asombroso era que la CIA hubiese elegido una

pensión tan agradable, modesta pero confortable, donde los huéspedes podían considerarse en su propia casa.

Mario Francini apagó la luz del saloncito, cerró la pensión, y luego, a oscuras, sin molestarse en encender la luz, fue subiendo las escaleras con la seguridad de un gato.

Pocos segundos después entraba en su cuarto. Cerró la puerta y quedó apoyado de espaldas en ella, sin encender la luz. Por la ventana veía el exterior, los blancos copos de nieve brillando a la luz del alumbrado público. Con una realidad impresionante, le pareció que estaba besando a Gina Mendicoli. Cerró los ojos, y la impresión fue más real aún, hasta que sacudió la cabeza, como una protesta.

Por fin encendió la luz, dio un paso hacia el cuarto de la ducha y se detuvo en seco.

Alguien había estado allí.

Todo estaba igual, todo «parecía» estar igual que cuando él se había marchado por la tarde, pero no. El sabía que alguien había estado allí, y que había removido muchas cosas. Posiblemente, lo había removido todo.

Abrió el armario y se convenció de esto. Sí. Habían estado allí y habían registrado el cuarto como solo los espías profesionales saben hacerlo. También habían tocado las cosas en el cuarto de la ducha. Lo habían removido «todo» mientras él paseaba románticamente por Venecia con Gina Mendicoli.

Pero Alan Carpenter sabía muy bien que no habían podido encontrar lo que buscaban, así que volverían a la carga. Y ahora, utilizando otro sistema.

Se sentó en una esquina de la cama, destapó la botella de champaña silenciosamente y bebió un largo trago, hasta que ya no pudo soportar más el burbujeo en su garganta, cuya presión provocó lágrimas en sus ojos.

Alzó la botella, la miró, y sonrió agriamente.

—Eres una puerca, Gina Mendicoli —murmuró—, pero voy a emborracharme a tu salud.

CAPÍTULO IV

Despertó cruzado sobre la cama, cara al techo, que estuvo contemplando unos segundos. Luego se sentó, movió la boca e hizo una mueca. Demasiado champaña. Bostezó y se acercó a la ventana, metiendo las manos en los bolsillos. Sacó una de ellas con la flor que le había comprado a Gina.

Fue al cuarto de la ducha, tomó un vaso, lo llenó de agua, y colocó la flor allí, llevándola a su mesita de noche. Perfecto.

Segundos después, Alan Carpenter, el espía americano, asomaba la cabeza al saloncito de Oriana Lualdi, que dejó de leer para mirar hacia la puerta, y sonrió en el acto.

—Buenos días —saludó Mario Francini—. ¿Algo para mí?

—No, lo siento —se condolió ella—. ¿Le ocurrió algo anoche, *signore* Francini?

—En absoluto. ¿Por qué?

—Debió volver usted muy tarde. Le estuve esperando, pero ya estaba tan cansada...

¡Oh, Dios mío, se ha afeitado la barba! ¡Está mucho más guapo así!

—¡*Grazie mille, signora*! —rió Mario—. ¡Y feliz Navidad!

—Oh, gracias, gracias, ¡Le mismo le deseo! Yo... ¿Tiene algo pensado para hoy, *signore* Francini?

—Pues sí. Sí, ciertamente.

—¡Ah! ¡Bien! Bueno, espero que lo pase bien. Yo había... había pensado que si no tenía adónde ir, pues... que podría haber comido aquí, conmigo, pero, claro...

—Ése era mi plan.

—¿Qué...?

—Digo que eso es lo que había pensado para hoy: invitarme a su simpático nido, *signora*.

—Oh... ¡Oh! ¡Gracias, gracias, *signo*...!

—Ya basta de tanto *signare* —sonrió él—. Llámeme Mario y listo el asunto. Respecto a la comida..., ¿qué podría yo comprar, y dónde, en un día como hoy?

—No es necesario. Yo tengo...

—Nada de eso. Quiero contribuir. Y bien pensado, no quiero que me diga nada: saldré a dar una vuelta, compraré lo que me guste allá donde lo vea y a la una estaré de vuelta...

¿Va bene?

—Sí, sí, pero no debería...

—Si cocina usted con la misma calidad con que prepara su café, acabo de hacer el negocio de mi vida —rió Mario—. ¡*Ciao!*

Salió de la pensión, con las manos en los bolsillos, silbando alegremente, sin preocupación alguna. ¿Qué podían hacer? ¿Matarlo? No, mientras no tuvieran el microfilme. Además, los rusos eran unos buenos chicos, que, salvo que fuese inevitable, no se dedicaban a ir asesinando gente por ahí. En realidad, se dijo, si había algún servicio de espionaje que estuviese formado por auténticos cochinos, ese servicio era la CIA.

Regresó a la una menos diez, cargado de paquetes, de tal modo, que tuvo que empujar la puerta con un pie y entrar poco menos que a tientas, pues los paquetes llegaban más arriba de su frente.

—¡De vuelta en casa! —exclamó—. ¡Vamos a preparar el banquete!

Fue sin vacilar hacia donde sabía que estaba el sillón más cercano, dejó allí los paquetes y, al incorporarse, la vio al mismo tiempo que oía la voz de Oriana Lualdi:

—¡No ha debido comprar tantas cosas, Mario! ¡Oh, Dios mío, se ha gastado demasiado dinero! La señorita ha venido a verlo, Mario.

El espía americano ni siquiera oía a Oriana Lualdi. Su mirada estaba fija en Gina Mendicoli, sentada, en el sofá, con gesto tímido, juntas las rodillas. Ella también le miraba fijamente, con aquella expresión que parecía asustada. —¡Hola, Mario!— musitó.

—¡Hola! ¡Qué sorpresa! ¿Has venido a traerme las fotografías?

—No. No, no. Aún tengo algunas para tirar en el carrete, y además, no creo que hoy encontrase nadie dispuesto a revelarlas. He venido a verte. —¡Ah! ¡Bueno! Supongo que ya se han presentado ustedes, ¿no?

—Claro —sonrió maliciosamente Oriana Lualdi—. Gina es muy bonita, Mario. Claro que usted también es un hombre guapo. Sobre todo sin barba. ¿Verdad, Gina?

—Sí —murmuró Gina—. Estás... estás más guapo sin barba.

—Estupendo; ya tengo dos admiradoras en Venecia. He comprado *Campari*. ¿Qué tal si tomamos unas copas? —Las traeré— dijo

Oriana.

Mario Francini sacó la botella de uno de los paquetes, la dejó sobre la mesita de centro y encendió un cigarrillo.

—¿Ya has visto toda Venecia? —No.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—¿Quieres que me vaya? —susurró ella.

Mario alzó las cejas con gesto de sorpresa.

—No creo haber dicho semejante cosa. Sólo te he preguntado qué haces aquí.

—Quisiera... pasar contigo todo el tiempo que me queda hasta..., hasta que me marche de Venecia.

El frunció el ceño. Se acercó al sofá, y junto a Gina vio su cámara fotográfica y un pequeño magnetófono a *cassettes*. Tomó éste, lo puso en marcha y sonrió al escuchar la romántica música.

—Anoche —dijo de pronto— no parecías desear eso.

—Anoche..., era anoche. Casi no he dormido.

—Ya sé: bebiste demasiado champaña, ¿eh? Y el estómago...

—No...

—¿No?

—Sólo podía... pensar en ti. ¡Fui tan tonta! Y quisiera que... que me perdonases y que me permitieses... quedarme contigo. No me importan las condiciones.

—¿Quién ha hablado de condiciones? —Gruñó él.

La *signora* Lualdi regresó de la cocina con las copas para el aperitivo, sonriendo dulcemente.

—He estado pensando —dijo— que con lo que Mario ha comprado tenemos más que suficiente para tres personas. Invitamos a Gina, ¿verdad, Mario?

CAPÍTULO V

En la radio se oían villancicos, que Mario y Gina escuchaban en silencio. O más bien, cada uno se hallaba sumido en sus propios pensamientos, perdida la mirada. Por su parte, Oriana Lualdi se había quedado dormida en un sillón, con aquella expresión de niña súbitamente envejecida que sorprendía y enternecía al espía americano.

Se estaba muy bien allí, con el grato calor, la música, el decorado de tiempos pasados. Y al mismo tiempo, la situación parecía irreal.

Mario miró de pronto su reloj, y dijo:

—¿Quieres que salgamos a dar un paseo?

Gina le miró, muy abiertos sus bellos ojos.

—Lo que tú quieras —musitó.

El se puso en pie, tomó el abrigo de ella, y se acercó. Gina se colocó de espaldas, y él la ayudó a ponérselo. Ambos miraron a Oriana Lualdi, sonrieron, y se dirigieron hacia la puerta.

Había vuelto a nevar, pero sólo lo imprescindible para dar color navideño al día. No se veía a nadie por la calle, pero Mario sabía que esta apariencia era engañosa, por lo menos en cuanto a él se refería: en alguna parte, no muy lejos de ellos, alguien debía estar observándolos. Quizá desde un coche, desde un portal, desde una ventana...

—Quizá podamos alquilar una góndola —dijo.

—Si, Mario.

Ella se abrazó a su cintura, y él le pasó un brazo por los hombros. Poco después, estaban cruzando la Plaza de San Marcos, solitaria... Ni siquiera se veían palomas. Caminaban sin prisas, diminutos en la gran plaza, como perdidos en una blanca superficie que no tuviese fin.

Llegaron al Molo, caminando con la cabeza vuelta hacia atrás, contemplando el Palazzo Ducale, ante cuya fachada pasaron, en dirección al Ponte della Paglia. En el centro de éste se detuvieron, y Mario señaló hacia el puente que se veía canal adentro.

—El Puente de los Suspiros —sonrió—. Famosísimo entre los

enamorados. ¿Quieres qué...?

—Yo quiero lo que tú quieras.

—Podríamos ir al Lido en uno de los *vaporetti*... Me gustaría saber qué es lo que prefieres tú.

—Yo preferiría pasear en góndola, si es que encontramos alguna.

—Está bien.

Bajaron a Riva degli Schiavoni, y todavía estaban en el último peldaño del puente cuando Mario lo vio, caminando hacia ellos, pero sin verlos, pues iba con la cabeza baja, el cuello del abrigo subido... ¿Cómo se llamaba...? Ah, sí: Giovanni Colegini, si no recordaba mal. Sí, ése era el nombre que le había oído pronunciar a él mismo, el día anterior, cuando fue a la pensión en busca de alojamiento.

Era el hombre de los lentes con montura al aire; el bajito, gordito, fino y terso como un bebé. Era tan insignificante, que Alan Carpenter se dijo que solamente un espía profesional como él, sería capaz de recordar a una persona semejante.

Y, de pronto, cuando estaba sonriendo pensando esto, el gordito alzó la cabeza, y le miró. Vio la sonrisa en los labios de Mario, y, al parecer, la interpretó de modo equivocado. Sonrió a su vez, y se acercó, tímidamente, desviando un poco su marcha.

—Buenas tardes —saludó.

—Buenas tardes —amplió Mario su sonrisa—. ¿Qué tal, *signore* Colegini? ¿De paseo?

El gordito se quedó mirándolo con expresión atónita.

—¿Sabe usted mi nombre? —exclamó.

—Se lo oí a usted mismo, cuando se presentó a la *signora* Lualdi, ayer.

—¡Ah! Bueno, no exactamente un paseo. He salido para... —De pronto se sonrojó—. No quisiera molestarles. Es... es que le he visto, le he recordado, y me ha parecido descortés pasar sin saludarle... Pero ¿no llevaba usted barba?

—Es usted un buen fisionomista —rió Mario—. Mejor que yo, desde luego. Llevaba barba, en efecto. Y me parece que he hecho una tontería afeitándomela, con este frío.

Aunque Gina dice que estoy más guapo sin ella. ¿Usted qué opina?

—¿Yo? —Se pasmó el hombrecillo de los lentes.

—Alguna opinión debe usted tener, ¿no?

—Pu... pues me temo que... que mi opinión no resulte... interesante para nadie, señor... señor...

—Francini. Mario Francini. Ella es Gina Mendicoli... Gina, te presento al *signore* Giovanni Colegini, vecino mío en la pensión... Éste, que había hecho una tímida inclinación de cabeza a Gina, miró a Mario entre sorprendido y turbado.

—Me... me parece que se equivoca usted... No estoy alojado en su pensión, *signore* Francini.

—¿No? —se sorprendió realmente Mario—. Bueno, como usted se quedó hablando con la *signora* Lualdi, me pareció que la cosa estaba arreglada... ¿No le gustó el Albergo Solé?

—¡Sí, sí! ¡Oh, sí! Mucho. Pero es... es un poco caro para mi.

Mario estuvo un instante boquiabierto.

—¿El Albergo Solé le pareció a usted caro? —exclamó.

—Sí... Sí, un poco. Yo... buscaba una pensión algo más... más modesta.

—Pues espero que la haya encontrado.

—Sí, sí, gracias... Bien... No quiero molestar más...

—¡Pero hombre; qué manía! ¿Quién le ha dicho que nos esté molestando? Aparte si hecho de que usted parece una buena persona, y de que nosotros somos educados y sociables, hoy es Navidad... ¡Nadie puede molestar a nadie!

—Es usted muy amable... Muy amable, *signore* Francini.

—Siempre lo intento —rió de nuevo Mario—. De todos modos, va a disculparnos, *signore* Colegini, porque tenemos en proyecto dar un paseo en góndola, y esas cosas se hacen mejor por parejas que por tríos. ¿No le parece?

Giovanni Colegini enrojeció intensamente.

—Sí, claro —tartamudeó—. Ha sido un placer... Adiós. Un... un placer muy grande, *signorina*; si... Muy grande. Yo... Bien... Bueno, adiós...

—Usted lo pase bien —contuvo la risa, Mario.

Giovanni Colegini se alejó de ellos, poco menos que corriendo, hacia el Ponte della Paglia, y Mario movió la cabeza con gesto de admiración.

—¡Decir que es caro el Albergo Sola! —exclamó—. Me parece que el *signore* Colegini no es millonario, precisamente.

—Es un hombre muy apocado —dijo Gina.

—Tanto peor para él. ¡Mira...! ¡Me parece que vamos a disponer de una góndola!

La tomó de la mano, y echó a correr hacia el borde del canal, haciendo señas al gondolero que acababa de amarrar su embarcación a uno de los postes pintados con rayas en espiral. El hombre los vio llegar, adivinó sus intenciones, y comenzó a mover las manos y la cabeza con gesto visiblemente negativo... Pero, un minuto después, la góndola se deslizaba por las turbias aguas del Canale di San Marco; con cincuenta mil liras en el bolsillo, el gondolero iba pensando que era de sabios variar de opinión.

En la cabina de la góndola. Mario Francini terminó de correr las cortinillas, y se acomodó junto a Gina, que le miraba fijamente. Eran casi las cinco de la tarde, y la luz del día blanquecino, parecía ir apagándose. Sólo por una abertura muy estrecha de las cortinillas entraba aquella especie de resplandor frío y lechoso, como un haz de luz, que fuese precisamente al rostro de Gina Mendicoli.

Mario Francini se quedó, inmóvil, mirándola fijamente. Ella también estaba inmóvil, mirándolo. Le brillaban tanto los ojos, que parecían tener luz propia... Luego, Mario miró los labios de ella, que temblaban ligeramente. ¡Era tan bonita...! Pensó que con ella se podía vivir eternamente..., si no hubiese sido una agente rusa, naturalmente. ¿O no lo era?

¿Podía ser posible que justo cuando él iba a abandonar la vida, cuando su destino estaba en Rusia para siempre, hubiese encontrado algo que valiese la pena en el mundo que hasta entonces le había parecido tan duro, tan sucio, tan miserable y ruin...?

—¿En qué piensas? —murmuró ella.

Tomó una mano de él, suavemente. Mario miró la pequeña mano femenina sobre la suya. La alzó, y la besó.

—Pensaba en el Amor —susurró.

—¿Y qué piensas de él?

—Supongo que es hermoso.

—¿Lo supones? ¿No lo sabes?

—No. Nunca he amado. ¿Y tú?

Gina se llevó al rostro la mano de él, sonriendo tan dulcemente, que Mario Francini casi sintió dolor en el pecho.

—Comparado con lo que siento ahora —susurró ella—, creo que no,

que nunca he amado antes, Mario. Y quisiera... no poder olvidar
nunca este día y este paseo en góndola... contigo...

CAPÍTULO VI

Oriana Lualdi los vio entrar, cogidos de la mano, y sonrió de aquel modo tan ingenuo, tan infantil.

—¡Me quedé dormida! —exclamó—. ¡Ustedes debieron despertarme!

Gina se limitó a sonreír. Tenía los ojos más brillantes que nunca, y apretaba la mano de Mario como si quisiera convencerse de que era real, no un sueño. Mario también sonrió, diciendo:

—Nos dio pena despertarla... ¡Dormía tan feliz!

—¡Pero eso fue una gran descortesía por mi parte! —protestó la anciana—. ¡Tenía invitados, no podía dormirme!

—Tonterías —rió Mario—. La vida no está hecha para que nos adaptemos a unas normas, *signora* Lualdi. Sobre todo, cuando las normas no nos gustan. ¿Por qué no hacer lo que nos gusta, simplemente? Usted dormía, y nosotros no teníamos sueño, así que fuimos a dar un paseo.

—Bueno —se resignó Oriana—. Espero que lo habrán pasado bastante mejor que conversando con una pobre vieja, al menos.

—Son dos cosas diferentes —rió Mario de nuevo—. Hay placer en charlar con una persona como usted, y hay placer en pasar unas horas paseando por Venecia. Todo es cuestión del momento.

—Supongo que sí... ¡Oh; es muy tarde ya! ¡Y me parece que vienen muertos de frío! ¿Quieren comer algo, o café...?

—Sólo hemos venido a recoger las cosas de Gina —señaló Mario la cámara fotográfica y el magnetófono, sobre el sofá—. Y la llevaré enseguida a su hotel, porque mañana temprano regresa a Roma.

—¡Oh! —se decepcionó Oriana—. ¡No es posible!

—¿Por qué no?

—Pues me pareció que ustedes dos... Bueno...

Gina Mendicoli sonrió, y fue como si su rostro se llenase de luz.

—Usted tiene razón, *signora*—, Mario y yo nos amamos.

—¡Ah! ¡Lo sabía! Y entonces, querida niña, ¿por qué se marcha usted? Oh, Santo Dios...

¡Mario, no me diga que usted también se marcha a Roma!

—No. Yo me quedo, desde luego.

—Se separan —se apenó Oriana—. ¡No deberían hacerlo! Las separaciones no son buenas, Mario... Uno dice al otro: *jarrivederci!*, y quizá ya nunca más vuelvan a verse.

No, no es bueno que las personas que se aman se separen, lo sé.

—Pero ella tiene que volver a su trabajo —murmuró Mario.

—¡Su trabajo! ¿Qué trabajo puede haber mejor para una mujer, que el amar a un hombre?

—Es una cuestión muy digna de ser reflexionada —sonrió suavemente Gina—. Me gustaría ver tu cuarto antes de marcharte, Mario.

—¿Para qué? —se sorprendió él—. No hay nada en él que valga la pena de modo especial... ¿No es cierto, *signora*?

—No hay nada en el mundo que valga la pena de modo especial —sonrió Oriana—. A menos que los ojos que contemplan quieran ver algo especial. Creo que Gina tiene razón: ella quiere saber dónde y cómo estará usted, mientras ella permanece sola en Roma... Ha sobrado mucha comida esta tarde. ¿Por qué no se suben una poca y cenan juntos arriba?

—¡Oh, sí! —exclamó Gina—. ¡Sí, Mario!

—Yo puedo proporcionarles un par de velitas encarnadas —rió Oriana—, ¡Dios mío, como quisiera volver a tener veinte años, como Gina...!

—Oh, tengo ya veintiséis —dijo Gina.

—Veintiséis años... ¡Tiempo de amar, tiempo de vivir! ¿Qué mejor cosa nos puede ofrecer la vida?

—Yo no lo sé —miró Gina a Mario—. ¿Y tú, Mario?

—Pues en este momento tampoco se me ocurre —aseguró él.

—Les traeré las velitas... Mario: ¿acompañará usted luego a Gina a su hotel, supongo?

—Sí, claro...

—Bueno, en ese caso me acostaré pronto. Ya sabe usted cómo abrir y cerrar, y todo eso. Nos despediremos ahora, Gina... Qué ojos tan bonitos tiene, ¿verdad, Mario?

—Muy bonitos... ¿No querría usted cenar con nosotros, *signora* Lualdi?

Oriana le miró incrédulamente y, de pronto, se echó a reír.

—¡Qué tontería! —exclamó—. ¡Qué tontería, Mario!

Y riendo, fue en busca de las velitas.

Poco después. Mario y Gina entraban en el cuarto de él, que enseguida se dio cuenta de que esta vez, no habían tocado nada. Es decir, que se habían desengañado respecto a la posibilidad de encontrar allí el microfilme. Aunque... no del todo, según parecía. ¿Acaso los rusos esperaban que Gina fuese más experta que el hombre, o los hombres que habían estado allí el día anterior?

Mario dejó los paquetes y las botellas sobre la pequeña mesita arrimada a la pared que servía de escritorio, y se volvió hacia Gina, que miraba a todos lados, sonriendo.

—No es precisamente el palacio del Dux, ¿verdad? —dijo él.

—No —rió ella—. Es sólo un lugar como otro cualquiera en el mundo.

—Hum... Todavía queda *campari*... ¿Quieres?

—¡Sí! ¡Sí! Déjame preparar a mí la mesa. ¡Oh!, pero no tenemos mantel.

—Iré a pedirle uno a la *signora* Lu...

No llegó a terminar el nombre, volviéndose vivamente hacia la puerta, donde habían sonado unos golpecitos. Por un instante. Mario vaciló, y miró de reojo a Gina... Pero no. ¿Qué podía temer allí que no pudiese ocurrirle en la calle, paseando por Venecia?

Y tenía razón. Era Oriana Lualdi, que antes de que Mario abriese la boca le tendió un pequeño mantel rojo, emitió una risita, y regresó con graciosa agilidad escaleras abajo. Mario y Gina se miraron y, de pronto, se echaron a reír.

—¡Bueno, ya tenemos mantel! —exclamó él—. Ésta es una pensión que se puede recomendar a los amigos, ¿no te parece?

—Desde luego... Esa pobre mujer es tan amable. Y parece quererte mucho. ¿Quizá hace tiempo que la conoces?

—No. Estuve en Venecia hace unos años, y vine a parar a esta pensión, pero no estaba ella, entonces. Había un tipo bigotudo que hacía de conserje... Supongo que, simplemente, le resulto simpático a esa buena mujer.

—Lo contrario me sorprendería —ella se acercó a él, y le echó los brazos al cuello—. Eres... la clase de hombre que resulta simpático a cualquier mujer, Mario.

—Fantástico —sonrió él—. Bueno, será mejor que preparemos todo esto. Es tarde, y si mañana temprano tienes que marcharte...

—¿Marcharme? ¿Adónde?

—A Roma —parpadeó Mario—. ¿No?

—Eres muy guapo... Y simpático —susurró Gina—. Pero muy tonto.

La *signora* Lualdi lo ha entendido, estoy segura.

—Entendido..., ¿qué?

—Que no pienso marcharme de Venecia, ni de aquí. Se abrazó a él, y le besó en los labios, dulcemente...

CAPÍTULO VII

Por la ventana entraba el resplandor de las luces de la calle. Y a esa luz, Mario Francini vio perfectamente a Gina Mendicoli dirigirse hacia donde él había dejado sus ropas.

No se movió. Continuó respirando con normalidad, mirándola. Ella había llegado junto a las ropas, y se había detenido. Se volvió hacia él, y Mario vio el brillo de sus ojos... Gina Mendicoli estaba vacilando.

Entornando los ojos, Mario pensó:

«Adelante... Adelante, querida... Tus órdenes son encontrar el microfilme, ¿no es así? Y como no está escondido en ninguna parte del cuarto, tiene que estar en mis ropas; puedo ser tan loco como para llevarlo encima... ¡Vamos, no me decepciones, cumple tu trabajo!».

Comenzó a impacientarse, porque ella seguía inmóvil, mirándole. Pensó que quizá tenía los ojos demasiado abiertos, y que ella lo veía. Cerró un poco los párpados, lentamente. Pero no... Era imposible que ella pudiese verle los ojos. ¿Por qué vacilaba?

Oyó el suave suspiro de ella. Luego, en efecto, Gina se inclinó sobre sus ropas y comenzó a registrarlas. En la oscuridad, Mario Francini-Alan Carpenter sonrió duramente. ¡Santo cielo! ¿De verdad creían que él podía ser tan cretino como para llevar encima el microfilme? Durante más de diez minutos, Gina estuvo registrando sus ropas, con una meticulosidad admirable, no ya en cuanto a su cometido, sino al temple de nervios que debía tener para sostener aquella tensión durante tanto tiempo, sabiendo que el espía americano podía despertar en cualquier momento y encontrarla con las manos en la masa.

Por fin, ella se irguió, estuvo unos segundos todavía junto a las ropas de él, y movió la cabeza. Luego, volvió a la cama, con gran cuidado, conteniendo la respiración, hasta quedar inmóvil. Mario Francini dejó pasar unos segundos, entonces se colocó de espaldas, y dijo, con voz normal, tranquila:

—Está en Ginebra.

Sonrió fieramente al oír la exclamación de ella, al notar su brusco gesto sentándose en la cama. Calmosamente, él se sentó en el borde, encendió la luz de la mesita de noche y la miró.

Ella, a su vez, le estaba mirando, con expresión desorbitada, como petrificada.

—¿No me has oído? —sonrió Mario—. He dicho que el microfilme está en Ginebra. Fue lo primero que hice al llegar a Venecia: enviarlo allá... Pero esta vez no diré a qué nombre. Esta vez, sólo voy a decir una cosa: vuelve con tus camaradas rusos, y diles que mi oferta, por el momento, sigue en pie... durante cuarenta y ocho horas más, solamente, ya que al fin me habéis encontrado. ¿Lo has entendido?

—Sí, pero...

—Si me has entendido; sólo tienes que marcharte con el recado, querida. Francamente, estaba convencido de que los rusos erais bastante más listos.

—Estás... estás equivocado: no soy rusa.

—Oh. ¿Eres italiana? ¿Y te llamas realmente Gina Mendicoli? ¡Qué sorpresa!

Gina salió de la cama, y se acercó a él.

—Mario, no soy italiana tampoco. Quiero...

¡Plaf!, resonó sonoramente la terrible bofetada, en la mejilla de Gina. Fue un golpe tan fuerte que la derribó de espaldas al suelo. Gina ni siquiera emitió un gemido. Sólo se apresuró a intentar ponerse de nuevo en pie. Pero Mario Francini cayó sobre ella, quedó a horcajadas sobre su vientre y clavó una de sus manos en la garganta femenina, apretando brutalmente.

—¡Escúchame bien, puerca! —Jadeó—. Puesto que el Juego ha terminado, ya no más mentiras, ni explicaciones estúpidas. Los dos sabemos muy bien a qué atenemos, así que vamos a dejamos de hacer teatro de baja calidad. Irás a decirles...

—Mario —jadeó ella roncamente—. ¡Mario, me estás haciendo daño!

Los bonitos y largos cabellos rubios de Gina saltaron a un lado y otro cuando recibió los nuevos golpes, uno en cada mejilla, sin que Mario soltase su presa en la garganta con la otra mano.

—¿Y qué esperabas? —Se congestionó de furia el rostro del espía americano—. ¿Esperabas algo diferente después de jugar tan sucio

conmigo? ¿A qué viene todo esto? Ya hablé con Vetenko en Niza, le dije lo que quería, y que estaba dispuesto a venderos el microfilme. ¿Por qué toda esta comedia de enviarte a ti, si no es para quitarme el microfilme sin pagar un solo centavo? Pues bien —la asió por los cabellos ahora y la puso en pie rudamente, de un tirón, mientras los ojos de ella se llenaban de lágrimas de dolor— ¡ve a decirles que quiero ese millón de dólares, o jamás tendréis el microfilme! ¡Ve a decirles eso a tus camaradas, puerca!

¡Plaf!, sonó la siguiente bofetada, que derribó a Gina sobre la cama. Y todavía estaba la muchacha medio aturdida cuando sus ropas cayeron sobre ella.

—Gracias por todo, amor mío —dijo el espía americano—. Y ahora, ¡largo de aquí!

—Mario, escúchame. ¡Tienes que escucharme!

—¿Para qué? ¿Vas a hablarme nuevamente de amor? ¡Bah! Ni por un momento te creí.

—Yo creo que sí —sonrió ella—. Si me has creído, Mario. Has creído que te amo y eso es cierto. ¡No me importa que me pegues más! —exclamó al verlo acercarse con los puños cerrados—. No me importa nada. Te amo. Pero además, no soy rusa: soy albanesa. Mario Francini, que tenía en alto un puño, se quedó como petrificado, lívido el rostro.

—¿Albanesa? —susurró.

—Sí. Te has equivocado conmigo. Soy albanesa y quería tu microfilme, pero no para los rusos, sino para los chinos.

—Para los chinos. —Mario estaba atónito, al parecer—. ¿Qué saben los chinos de todo esto? Estás mintiendo, puerca; solamente los americanos y los rusos...

—Un ruso es agente doble —dijo ella rápidamente—, y pasó a los agentes albaneses que trabajamos para los chinos lo que estaba sucediendo. Informó de todo, y algunos de nosotros vinimos a Venecia cuando supimos que había sido encontrado el coche de matrícula francesa. Te localizamos pronto, ya que sabíamos el nombre que tenías que estar utilizando en Venecia, en Italia.

—Fantástico. —Mario se sentó en una silla, sonriendo sarcásticamente—. ¿De manera que también los rusos tienen sus traidores en sus filas? Bueno, ¿por qué sorprenderme? Yo también soy un traidor, ¿no es así? ¿Por qué no un ruso? Dime: ¿qué es lo

que sabes exactamente?

—Todo.

—¡Ah! ¿Y qué es... todo?

—Quieres un millón de dólares por el microfilme. Y protección durante un tiempo.

Luego, un pasaporte..., y el olvido. Nosotros también podemos...

—¿Quiénes son «nosotros»?

—Los albaneses, actuando como intermediarios de los chinos. China piensa que un microfilme por el que un agente americano ha pedido un millón de dólares debe valer la pena... siempre y cuando su vigencia no se haya extinguido.

—La vigencia de mi información será todavía válida durante mucho tiempo —murmuró Mario—. Los chinos... ¡Oh, bien, muy listos! Os enteráis de esto y en lugar de iniciar negociaciones pretendéis robarme el microfilme, ¿eh?

—¿Tú no hubieses hecho lo mismo? ¿No lo habrías intentado, al menos?

El espía americano parpadeó, divertido.

—Supongo que si —admitió—. Primero, enviasteis aquí a este cuarto a alguien para que buscara el microfilme mientras tú y yo nos divertíamos por ahí. Fallado esto, decidiste buscarlo tú misma en mis ropas. ¿Sí?

—Sí.

—Bueno —sonrió Mario—, pues ya sabes: está en Ginebra. ¿Y ahora...?

—Te damos lo mismo que los rusos y dos millones de dólares.

—Demonios. ¿Dos millones? ¿Y protección? ¿Y finalmente un pasaporte y el... olvido?

—Sí.

—Bien. Esto cambia un poco el aspecto de la cuestión francamente.

—¿Aceptas?

—No sé. La oferta es muy tentadora, pero sólo en cuanto a dinero. Te diré la verdad: yo no me fió mucho de los chinos. Espera, espera. No es que diga que no me van a pagar, o algo así. No, no es eso. Pero ¿hasta qué punto puedo esperar protección de ellos?

—Hasta el mismo punto en que puedas esperarla de los rusos.

—¡Ah, no! —negó vivamente Mario—. ¡Ni muchísimo menos, querida! En ese aspecto, yo confío mucho más en los rusos. Te diré

por qué: si la CIA llegase a saber que estoy en Rusia, un hombre blanco pasaría más desapercibido allí que en China, ¿no te parece? Pero, además, suponiendo que jamás pudiese cruzar la frontera, en Rusia podría. No sé... Tener algunas posibilidades de trabajar, de encontrar un puesto para mí en algo. ¿Qué crees que soy yo?

—No te entiendo. Un espía, ¿no?

—Exactamente. Y un espía ambicioso. Por eso me harté de las porquerías y maquinaciones de la CIA; porque no me dejaban ascender conforme a mis merecimientos. No sé qué clase de información podéis tener sobre mí los albaneses, pero te aseguro que no soy un agente de pacotilla. Soy de los mejores, inteligente, ambicioso... Puedo rendir mucho en cualquier servicio secreto si me dan lo que yo creo merecer. Si no es así, pues... Ya lo ves; les robo una importantísima información ante sus narices ¡y ahí os quedáis, cerdos! ¿China? No sé si me interesa, la verdad. Suponiendo que tuviese que quedarme para siempre en China... ¿qué podrían ofrecerme los chinos?

—Más que los rusos.

—Quizá. No sé.

—Por el momento ya te ofrecemos el doble que los rusos.

—Sí, si, pero...

—De todos modos, si tu interés verdadero consiste en ir a trabajar con los rusos, supongo que estoy perdiendo el tiempo.

—¡Interés en trabajar con los rusos! —bufó Mario—. ¡Claro que no! ¿Qué más me da que sean los rusos, los chinos o los americanos los que me den lo que yo creo merecer? Cumplid mis ambiciones y seré un formidable elemento en vuestra organización. Rusos, chinos... ¡Al demonio con todos! ¡Yo quiero triunfar, sea donde sea, no en un sitio determinado!

—Nosotros pensábamos que quizá tuvieses especial interés en relacionarte con los rusos.

—Claro que no. Pero ¿a quién les iba a vender mi microfilme mejor que a ellos? Además, tienen un gran servicio de espionaje. De todos modos, China no está mal. Bien, ¿por qué no?

—¿Aceptas? —insistió Gina, ya sentada en la cama.

—Si acepto, las cosas se harían a mi manera. El dinero...

—Puedes ponerle tú mismo tus condiciones a mi jefe.

—¡Ah...! ¿Tenemos a un jefe del servicio secreto chino por estos

lugares?

—No, no. Es también albanés, pero está autorizado para atender cualquier asunto, por importante que sea. Por otra parte, la autorización para entablar negociaciones contigo si mi trabajo fallaba, ya ha sido facilitada por los jefes de Pekín.

—O sea, que has estado trabajando sobre seguro. Sabías que aunque llegase a descubrirte, nada te ocurriría, porque yo preferiría negociar, ¿verdad?

—Sí —sonrió luminosamente Gina Mendicoli.

—Bien. De acuerdo. Tú dirás cuándo vamos a ir a ver a ese compatriota tuyo con tan grandes poderes.

—Saldremos de aquí a las diez de la mañana —sonrió Gina de nuevo.

CAPÍTULO VIII

A las nueve y media de la mañana, Gina Mendicoli llamó por teléfono, desde el cuarto, a un número de Venecia y habló unas pocas palabras en italiano que, por supuesto, Mario Francini entendió perfectamente. Eran sólo instrucciones que se referían a la recogida de ambos por una lancha junto al puente cercano a la iglesia de San Giovanni Nuovo.

Y poco antes de las diez se las arreglaron para salir de la pensión sin que Oriana Lualdi los viera. O, al menos, pareció que no los veía, pues no apareció.

Eran las diez en punto cuando se detenían junto al puente donde se había concertado la cita. No había ninguna lancha allí, y Gina tomó una mano de Mario y le miró sonriente.

—No tardarán —murmuró.

Mario Francini la miró fija y seriamente. Ella tenía una magulladura en un labio, pero sonreía.

—Está bien —dijo.

—No tienes por qué estar enfadado conmigo, Mario. Yo...

—Ya no soy Mario. Sabes muy bien que mi verdadero nombre es Alan Carpenter.

Ella le apretó la mano dulcemente.

Gina Mendicoli movió la cabeza, siempre risueña. A Mario Francini le parecía muy rara la actitud de la muchacha. Era como si estuviese contenta, feliz. ¿Y por qué demonios tenía que estar feliz? Al fin y al cabo, ambos eran espías, estaban haciendo un trabajo y, tal como estaban las cosas, se podía decir que el de ella había terminado. Muy pronto lo dejaría con sus compañeros rusos y ella no sería necesaria a partir de ese momento.

Sí, con sus compañeros «rusos». El no se había tragado aquella mentira en ningún momento. Había comprendido la jugada tras el brevísimo instante de sorpresa, y la había aceptado. ¿Por qué no si a fin de cuentas era favorable para él, ya que le definía aún más como un miserable traidor que se vendía al mejor postor, tras mostrar una cierta predilección por los rusos?

La lancha apareció apenas un par de minutos más tarde. Por un momento pareció que fuese a pasar de largo por el estrecho canal, pero el hombre que la conducía captó la señal de Gina y la detuvo. Con el canaleta regresó junto al puente y se quedó mirando al espía americano con expresión desconfiada.

Ayudó a Gina a pasar a bordo, mientras Mario lo hacía por su cuenta. Nadie pronunció una sola palabra. La lancha se alejó y poco después, pasando bajo el Ponte del Vin salía al Canal de San Marcos. Viró a la izquierda, hacia el Gran Canal. Pasaron por delante de la Chiessa della Salute, frente a la cual, en la otra orilla, estaba el Palazzo Contarini Fasan. Luego, a la izquierda, el Palazzo Loredan, y muy cerca,

Ca'Rezzonico

y

Ca'Foscari,

delante del Palazzo Grassi.

Mario Francini encendió un cigarrillo, mirando con indiferencia la vida del Gran Canal, famoso en todo el mundo. El no era un turista, sino un hombre que tenía que cumplir una misión durante toda su vida, nada menos. Si todo salía bien, dentro de poco estaría en Rusia, y era muy poco probable que pudiese volver a Venecia o a cualquier otro bello lugar del mundo.

¿Valía la pena?

Miró de reojo a Gina Mendicoli, que estaba sentada a su lado, con expresión apacible y feliz. La expresión que él mismo habría tenido si él hubiese sido, de verdad, Mario Francini y ella Gina Mendicoli; un hombre y una mujer normales que cruzan sus caminos en la vida.

¿Valía la pena?

Abandonaron el Gran Canal después de dejar atrás el Palazzo Balbi, continuando el viaje por uno de los pequeños canales. ¡Cuántos palacios! Bellos palacios de mármol ya ennegrecidos, recuerdo de épocas de esplendor de grandes señores. ¡Grandes señores! ¿Qué debía querer decir eso de «grandes señores»? Venecia se estaba hundiendo en el mar, lentamente, y se hablaba de «grandes señores». ¿Alguien salvaría Venecia?

La lancha se detuvo junto a una escalinata que ascendía hacia la calle, y Gina y Mario subieron por ella, mientras el silencioso

acompañante amarraba la embarcación. Luego subió tras ellos y señaló calle abajo.

Dos minutos después se detenían ante una puerta de una vieja casa cuya fachada daba al canal y se unía a la calle sólo por medio del estrecho puentecillo. Mario Francini miró hacia las ventanas de aquella casa, pero no vio a nadie en ellas. Además, estaban cerradas.

La puerta la abrió un hombre que tampoco dijo una sola palabra. Entraron los tres, la puerta fue cerrada, dejando afuera el día gris y triste del invierno. Va no quedaba ni rastro de las pequeñas nevadas, pero el cielo seguía amenazando agua, nieve y frío. Y, ciertamente, aquella casona no parecía prometer mucho *confort*.

—Tienen que registrarte, Mario —dijo Gina.

Mario le dirigió una hosca mirada y alzó los brazos. Por supuesto, encontraron su pistola enseguida, y se la quitaron. Pero no se conformaron con eso, sino que siguieron registrándole, hasta convencerse de que no llevaba ninguna otra arma.

Desde el amplio e inhóspito vestíbulo, pasaron a un pasillo, que recorrieron hasta el fondo, donde había una puerta cerrada bajo la cual se veía una raya de luz. Uno de los hombres la abrió y señaló hacia dentro del cuarto, del cual llegaba un calorcillo muy agradable. Lo primero que vio al entrar el espía americano, fue la estufa de gas.

Luego, al hombre que estaba sentado en un sillón, delante de la entrada. Y por fin fijó su atención en los dos hombres que estaban de pie, uno a cada lado del desconocido, que debía tener alrededor de sesenta años.

Los otros dos no eran desconocidos, y, al verlos, Alan Carpenter representó su papel de sorprendido a la perfección: respingó, miró a Gina, frunció el ceño, abrió la boca...

El hombre que estaba sentado se le adelantó:

—En efecto, señor Carpenter —dijo—. Somos rusos. Usted ya conoce a Igor y Mihail, a los que dejó sin coche en Niza. Los otros dos —señaló a los que estaban tras él— son los camaradas Nosenko y Kovarian.

—¿Y usted? —murmuró Alan Carpenter.

—Basili Tichirian, jefe de París.

—Está bien. —Alan se pasó una mano por la boca con gesto

preocupado—. ¿Puedo saber qué significa todo esto?

—Supongo que se refiere usted a la intervención de Irina.

Alan miró a Gina Mendicoli, que sonrió de aquel modo tan dulce, brillantes los ojos. —Irina Markova— se presentó—. Agente de la MVD, desde luego, señor Carpenter.

Alan asintió con la cabeza y volvió a mirar a Tichirian.

—Sí. En efecto, me gustaría saber qué clase de juego han intentado ustedes haciendo intervenir a Gina... a Irina Markova, señor Tichirian.

—Hemos perseguido dos objetivos fundamentales —explicó Tichirian—. Uno de ellos, lógicamente, intentar obtener su microfilme sin tener que pagar casi un millón de rublos por él.

—¿Cómo «casi»? Un millón completo.

—No. Según parece, usted no está al corriente de las últimas cotizaciones oficiales internacionales del dólar y el rublo. El rublo, actualmente, se paga a 13 dólares.

Alan Carpenter sonrió simpáticamente.

—Fantástico —comentó.

—Y muy agradable... para los rusos. Aunque a la hora de la verdad, esa cotización no es atendida debidamente. Pero dejemos eso. El segundo objetivo, quizá ya lo sepa usted también, queríamos asegurarnos de que usted era, realmente, un traidor a la CIA.

—¿Y ya están seguros?

—De un modo completo, no. Pero ya le concedemos el noventa por ciento de posibilidades de ser creído. Si usted hubiese rechazado la oferta de marchar a China, a pesar de haberle ofrecido dos millones de dólares, habríamos pensado que su objetivo no era el dinero, sino introducirse en Rusia. Pero, al estar dispuesto a dirigir su oferta en otra dirección por más dinero, la cosa cambia. Todo ello parece indicar que usted, en efecto, es un traidor a la CIA por dinero.

—Ya. Muy astutos.

—¡Bah! Simple profesionalidad, Carpenter... ¿Realmente estaba dispuesto a marchar a China?

—Por dos millones de dólares, sí. Aunque ya le he dicho a Irina que mis preferencias se inclinaban hacia ustedes.

—¿Por qué?

—Porque no soy ambicioso sólo para el dinero. Soy inteligente y esa

inteligencia... procrea a su vez una ambición de éxitos personales, no sólo de dinero. Quizá en Rusia podría conseguirlos, y en cambio, China me parece un terreno estéril en ese aspecto.

—Entiendo. Pero usted ya había cosechado muchos éxitos personales en Estados Unidos, Carpenter.

—Cierto. Éxitos que no fueron debidamente recompensados. Y de nuevo digo que no estoy hablando de dinero. Ya expliqué a sus camaradas que estaba harto de politiqueos y maniobras rastreras dentro de la CIA.

Basili Tichirian movió afirmativamente la cabeza.

—En estos días, mientras le buscábamos y luego mientras preparábamos el contacto de Irina con usted, nos ha llegado de Washington un informe muy completo sobre usted, recopilado por nuestros camaradas de allá. Usted es un buen agente, Carpenter.

—Gracias.

—Su trayectoria dentro de la CIA resulta más bien admirable. Y sin embargo, no le dieron el puesto que, ésa es también mi opinión, usted merecía. ¿Por qué?

—Al parecer, le era mucho más útil haciendo trabajos sucios por ahí que dirigiendo alguna sección, escalando puestos directivos. Para estos puestos siempre hay alguien muy importante que los consigue en cócteles y reuniones de altos vuelos; gente que, por supuesto, no haría lo que hacía yo. Por lo tanto, colocan a un sujeto bien relacionado en las altas esferas..., y los demás, que sigan jugándose el pellejo.

—Debo admitir que eso no resulta agradable. ¿Se le ocurre algún motivo por el que hicieran eso con usted? Quiero decir, algún motivo especial.

Alan Carpenter alzó las cejas con gesto de leve asombro.

—¿Motivo especial? No. No se me ocurre.

—A mí se me ocurre uno, pero no sé si le parecerá a usted razonable: usted no era nadie.

—¿Qué quiere decir?

—Si nuestros informes no fallan, usted ni siquiera llegó a conocer a sus padres. Es poco más que un... expósito. Digamos, un tipo vulgar, sin sólidas raíces en la sociedad americana. Un hombre útil para determinados trabajos, pero que no da una imagen muy agradable en las altas esferas.

—Eso son estupideces —gruñó Carpenter—. América no es así.

—¿No? —se permitió dudar Tichirian con una seca sonrisa—. Bien, no discutiremos sobre eso. Hablemos de cosas actuales. Nosotros conocemos muy bien sus pretensiones por ahora. Y la respuesta es: de acuerdo, le vamos a pagar el millón de dólares, lo llevaremos a Rusia inmediatamente, permanecerá allá durante un tiempo bien protegido, y por fin, cuando usted considere llegado el momento, se le entregará un pasaporte a su gusto y le olvidaremos. ¿Es eso lo que quiere?

—Sí.

—Bien. ¿Y el microfilme?

—En Ginebra.

—Ah... Sí, entiendo. Bueno, dígame al menos de qué trata ese microfilme, cuál es su contenido.

—Usted bromea —sonrió Alan.

—No —negó Basili, pero también sonriendo—. Pero comprendo su actitud. De todos modos, debo advertirle que Rusia no le va a pagar a usted un millón de dólares por cualquier tontería.

—Cuando ustedes vean mi microfilme, decidirán si deben pagarme o no.

—Muy seguro está de su importancia. Bueno, ojalá sea cierta.

—Oiga, si usted piensa que soy un idiota que pretende tomarle el pelo nada menos que a la MVD...

—No, no, no. Claro que no pienso que usted pueda ser tan rematadamente imbécil, Carpenter. Lo que quería decir es que, quizá, a usted le parece muy importante su microfilme, y a nosotros no nos la parezca tanto. ¿Comprende?

—Bonita jugada —masculló Alan—. Ustedes pueden examinar el microfilme, conocer su contenido, y luego decirme que no vale nada. Eso es una cochinado.

—Nosotros no somos americanos —gruñó Tichirian casi de mal talante—. Si su microfilme vale un millón tendrá un millón. Dice que lo envió a Ginebra. Muy bien: ¿cómo lo recogerá allí? ¿Puede hacerlo con facilidad o necesitará nuestra ayuda?

—Le diré cómo lo haremos. De aquí a Ginebra hay algo más de trescientas millas.

Ustedes me llevan allá en helicóptero, me dan el dinero, yo lo deposito en un Banco luego voy a recoger el microfilme y se lo

entrego. Inmediatamente partimos para Rusia.

—¿Y si una vez allí su microfilme no vale esa cantidad?

—Ya comenté eso con sus camaradas; no me parecería ningún buen negocio tener un millón de dólares en el Banco y estar muerto.

—Por lo que veo, es usted hombre de ideas firmes. Toda su actitud y proyectos siguen siendo los mismos que en Niza.

—¿Por qué demonios tendría que cambiarlos?

—Si son buenos, por nada. Y parece que lo tiene todo previsto y muy bien pensado. Una última cosa, Carpenter; sabemos ya que usted habla inglés, naturalmente; francés, italiano, español y ruso. ¿Algún idioma más?

—No. ¿Por qué?

—La MVD no desdeña nunca la posibilidad de utilizar hombres de su categoría profesional. Si, por ejemplo, usted hubiese hablado alemán, quizá habríamos podido llegar a un acuerdo muy interesante económicamente para usted.

—No comprendo.

—Podríamos haberlo enviado a Alemania Federal a trabajar para nosotros y...

Alan Carpenter habría lanzado de buena gana un grito de alegría, de triunfo; pero tuvo que continuar fingiendo, y lo hizo a la perfección, respingando y mostrando un muy convincente sobresalto.

—¡Un momento! —exclamó—. ¡Ése no es el trato! El trato consiste en que yo permaneceré en Rusia durante un tiempo prudencial, bien protegido. ¡En ningún momento se ha hablado de que yo deba trabajar para ustedes fuera de Rusia! ¡Y mucho menos, tan pronto!

—Era sólo una idea —sonrió fríamente Tichirian—. Bien, supongo que debemos empezar a preparar ese viaje a Ginebra. Mientras tanto, permanecerá usted aquí si le parece bien.

Alan encogió los hombros.

—Claro. Pero debería pasar por la pensión a recoger mis cosas, pagar... Y tengo allá mi pasaporte.

—Nosotros podemos encargarnos de recoger todo eso.

Alan Carpenter pareció a punto de aceptar, pero reflexionó un instante y movió negativamente la cabeza.

—No. Es mejor que vaya yo. Si la *signara* Lualdi llega a pensar que puede estar ocurriéndome algo, avisaría a la policía.

—Es verdad —intervino Irina Markova—. La dueña de la pensión se ha encariñado con Carpenter, Basili. Es mejor que vayamos él y yo, que recoja todas sus cosas tranquilamente, que pague... Si le decimos que nos vamos juntos a Roma la dejaremos feliz y tranquila.

—Está bien. Nosenko irá con vosotros. Y ahora, Carpenter, póngase cómodo y espere. ¿O queda algo por decir?

—Sólo una cosa —murmuró el espía americano—: lamento de verdad lo de Boris Vetenko.

Basili Tichirian se quedó mirándolo fijamente.

—¿Y no lamenta la muerte del agente de la CIA, al que usted le metió una bala en la cabeza?

Alan Carpenter se mordió los labios y musitó:

—Sí. Mentiría si dijese lo contrario. Pero... era su vida o la mía.

—Por cierto. ¿Cómo está su herida?

—¡Oh, bien! Prácticamente curada.

Tichirian se puso en pie y salió del cuarto, seguido de Nosenko y Kovarian. Igor Bolonov y Mihail Zekov, los dos agentes rusos a los que Carpenter había dejado a pie cerca de Niza con el cadáver de Boris Vetenko, miraban con hosca fijeza al espía americano, que se sentó en un sillón y encendió un cigarrillo.

—Dicen que todos los rusos llevan un ajedrez en el bolsillo —los miró Alan—. ¿Alguno de ustedes lo lleva y quiere jugar una partida conmigo?

Los dos rusos parecieron sordos y mudos. Solamente lo miraban. Alan miró a Irina Markova alzando las cejas, pero ella tampoco parecía haberlo oído. Encogió los hombros y se dedicó a fumar.

CAPÍTULO IX

Hacia las tres de la tarde, regresaron Basili Tichirian, Kovarian y Nosenko. El primero llevaba en una mano un sobre grande, que dejó sobre la mesita al sentarse.

Luego miró a Alan Carpenter.

—Se puede decir que lo tenemos todo arreglado. Hemos dejado a un par de hombres revisando el helicóptero, y estudiando la ruta a seguir. Seguramente tendremos que volar primero hacia el sur, pues no me parece prudente sobrevolar los Alpes. Lo que sí me parece conveniente es volar de noche. Podemos llegar a Ginebra antes de que amanezca, llevarlo a la ciudad en coche y hacer todo eso. Luego, desde Ginebra iremos a Praga utilizando de nuevo el helicóptero. Una vez en Praga ya no habrán problemas; cualquiera de nuestros aviones nos llevará a Moscú. ¿Está de acuerdo?

—Sí.

—Muy bien. Ahora otra cosa. —Tichirian tomó el sobre que había dejado sobre la mesita—. Naturalmente, desde que lo localizaron lo hemos estado vigilando, Carpenter, y hemos obtenido algunas fotografías, no sólo de usted, sino de las personas que entraban y salían del Albergó Solé.

—¿Por qué?

—Porque alguna de esas personas podía resultarnos interesante.

—¿En qué sentido?

—Podía ser un agente de la CIA ya conocido o que más adelante pudiéramos identificar como tal.

—Es decir, que continúan sin fiarse de mí.

Tichirian movió la cabeza con gesto ambiguo.

—Antes le dije que tenía usted a su favor noventa probabilidades entre cien de que le creyésemos. Ahora, ese porcentaje ha descendido a sólo cincuenta probabilidades.

—¿Por qué motivo? —se alarmó Alan.

Basili Tichirian comenzó a manejar las fotografías extraídas del sobre.

—Supongo —susurró— que hemos fotografiado a todos los

huéspedes del Albergó Solé, y, francamente, ninguno de ellos merece una atención especial por ahora. Pero hay uno que sí nos ha llamado la atención. Véalo.

Le tendió una fotografía y Alan la tomó, verdaderamente interesado, porque sabía con toda certeza que no había tenido el más ligero contacto con nadie de la CIA desde que saliera de Washington. Estaba todo demasiado bien planeado para cometer esa clase de estúpido error.

Su interés se trocó en grandiosa sorpresa cuando vio la fotografía, el personaje que aparecía en ella, saliendo del Albergó Solé. Y tras la sorpresa lanzó una carcajada tan sincera que consiguió no sólo convencer a los rusos inicialmente, sino incluso que sonrieran.

—¡Hombre, no! —rió.

—¿Cuál es la gracia? —sonrió Tichirian.

—¡Vamos! ¡Pero si este sujeto ni siquiera está alojado en mi pensión! —contempló de nuevo al bajito, calvo, tímido y menudo hombrecillo que aparecía en la fotografía—. Se llama Giovanni Colegini, y estuvo allí anteayer para interesarse por los precios de la pensión; al parecer le parecieron muy altos para él y fue en busca de otra. Eso es todo. —¿Seguro?

—¡Claro!

—Bien. Entonces, ¿por qué aparece con usted en esta otra fotografía tomada ayer por la tarde cerca del Ponte della Paglia?

Alan tomó la siguiente fotografía sonriendo. En ella aparecía de nuevo el hombrecillo de los lentes de montura al aire en efecto. Y estaban también Irina Markova y él mismo. Amplió la sonrisa y movió la cabeza con gesto divertido.

—Irina estaba con nosotros —dijo—. Ella misma puede explicarles lo que hablamos.

Vamos Tichirian, vamos...

El ruso miró a Irina.

—¿Qué hablaron?

Ella tomó la fotografía también sonriendo.

—Nada importante. Sí, hablaron de la pensión, de que estaba fuera de las posibilidades de este hombre. Carpenter se sorprendió de que pensase así. Nada. Cuatro palabras sin importancia, Basili.

—A menos que fuesen unas palabras con clave —murmuró el viejo lobo del espionaje.

—Vamos, no diga más tonterías —refunfuñó Alan—. Jamás en mi vida había visto a ese hombre, y si no fuese por esta ridiculez, jamás habría vuelto a acordarme de él. Además, ¿qué demonio tenía, que decirme en clave? ¿Acaso a sucedido algo que yo debiera saber? Por otra parte, si fuese de la CIA ya habría avisado de que me había localizado y me habrían matado.

—A menos que estén tramando algo.

—Escuche, Tichirian —se irritó Carpenter—, ya empiezo a estar harto de esto, de tantas tonterías. Si no me cree pégueme un tiro y terminemos. Y si me cree no me fastidie más y larguémonos de Venecia cuanto antes. ¿Está bien claro?

—Quizá deberíamos ocuparnos de ese hombre antes de seguir adelante, Basili —deslizó Mihail Zekov.

—¿Sí? —Gruñó Carpenter—. ¡Maldita sea, ojalá le hubiese preguntado en qué maldita pensión se había alojado y les darías las señas a ustedes!

—Ya sé —intervino también Markova— que mi opinión no puede compararse a la tuya, Basili, pero yo creo que ese hombre no tiene nada que ver con Carpenter.

Tichirian vaciló todavía unos segundos antes de recoger las fotografías.

—Los demás no parecen interesantes —dijo—. En cuanto a usted, Carpenter, supongo que no creerá que todo termina aquí. Cuando llegue a Moscú será interrogado por especialistas durante días y días. Supongo que usted tiene una idea de cómo se hacen estas cosas, así que sabe muy bien que es mejor recibir ahora un balazo que ir con cuentos a Moscú. Allí las cosas no serán tan simples como convencerme a mi para que lo lleve, ¿comprende?

—Escuche, Tichirian, yo soy tan profesional como usted. ¿Qué demonios pretende enseñarme a estas alturas? Todo cuanto usted dice yo ya lo sé, está previsto. Que me interroguen y luego decidan por sí mismos.

—Muy bien. Si seguimos teniendo la suerte de no toparnos con los americanos en Venecia, se harán las cosas como hemos convenido.

—¿Cuándo iremos a mi pensión a recoger mis cosas?

—Esperaremos a que anochezca. Siempre es más seguro.

CAPÍTULO X

Poco antes del anochecer, Oriana Lualdi vio al otro lado de los visillos de la puerta que daba al vestíbulo de la pensión, la silueta de un hombre. Enseguida, vio cómo un brazo se alzaba y los golpecitos sonaron en un cristal.

La *signora* Lualdi alzó la voz, para que se oyese por encima de la música que brotaba de la radio en aquel momento.

—¡Pase, está abierto!

La puerta se abrió y apareció el visitante. Por un momento, Oriana Lualdi frunció el ceño, pero enseguida sonrió amablemente. No tenía por qué ser descortés en modo alguno, aunque le dijeran que su pensión era demasiado cara.

—¡Ah, señor Colegini! —saludó con su innata amabilidad—. ¿Otra vez por aquí?

El bajito, menudo, delgado y calvo hombrecillo sonrió tímidamente, encogiendo sus flacos hombros. Tras los cristales de sus lentes de montura al aire, sus pequeños ojos vivos recorrieron velozmente el saloncito.

—*Buona sera, signora.*

—*Buona sera, buona sera.* Por favor, cierre la puerta; hace frío afuera.

—Oh, perdón. Perdón —cerró la puerta tras él y volvió a mirar a todos lados—. ¿Está usted sola?

—Si... Sí, sí.

—Creí que estaría aquel joven tan simpático. Mario Francini me dijo que se llamaba. ¿No está?

—No. Ya le digo que estoy sola. ¿Quería verlo a él, a Mario? No sé cuánto tardará en... ¿Qué hace usted?

Giovanni Colegini había cruzado el saloncito y estaba mirando dentro de la cocina. Se volvió, miró a Oriana Lualdi, y, sin decir palabra, fue a la puerta siguiente, la del cuarto de baño, a cuyo interior echó también un vistazo. Luego fue al dormitorio seguido ya por la anciana que había fruncido el ceño.

—¡Oiga, usted no tiene...!

Giovanni Colegini se volvió, la asió de un brazo y de un tirón la introdujo en el dormitorio con tal fuerza, que Oriana Lualdi fue a caer junto a la cama, arrugando la alfombra y resbalando con ella hacia la mesita de noche.

Muda de sorpresa y de espanto, consiguió ponerse en pie, muy pálida, desencajado el rostro. Su boca se abrió más cuando vio el guante que se estaba poniendo Giovanni Colegini. Un guante negro, que encajó en sus dedos con rápidos movimientos.

Con no menos rapidez, Giovanni Colegini sacó una pistola con silenciador del sobaco izquierdo y apuntó al pecho de Oriana Lualdi, cuya boca se abrió más, sus ojos se desorbitaron...

Plop, chascó la pistola.

Oriana Lualdi fue empujada brutalmente hacia atrás por la bala, que se hundió en su corazón. Cayó de espaldas sobre la mesita de noche, derribándola, haciendo caer el reloj despertador y la jarra del agua todavía llena. Luego, salió impulsada hacia adelante, y quedó tendida de bruces, con un brazo bajo el cuerpo, el otro estirado hacia la puerta.

Giovanni Colegini se acercó tranquilamente, se acuclilló junto a su víctima, y con dos dedos de la mano izquierda tomó la muñeca del brazo estirado. Estuvo así unos segundos. Luego se irguió y miró a su alrededor. Movié la cabeza negativamente y salió del dormitorio cerrando la puerta.

Cruzó el saloncito y cerró con llave la puerta que daba al vestíbulo de la pensión. Luego apagó la radio. Fue a la cocina, volvió a mirar y de nuevo movió negativamente la cabeza. Su mirada se fijó por fin en la puerta del cuarto de baño.

Sí. Lo mejor era el cuarto de baño y el dormitorio. Sacó un paquete envuelto en plástico de un bolsillo de su abrigo y entró en el cuarto de baño.

Diez minutos más tarde, Giovanni Colegini salía de la vivienda de Oriana Lualdi, cruzaba el vestíbulo y aparecía en la calle. Se subió el cuello del abrigo, se metió las manos en los bolsillos y comenzó a alejarse tranquilamente.

Un hombre menudo, insignificante, vulgar, que muy pronto se perdió en la cada vez más oscura tarde lluviosa.

CAPÍTULO XI

—De acuerdo —había dicho por fin Basili Tichirian—, vayan a buscar sus cosas, Carpenter.

Habían salido con la lancha, luego hicieron a pie el camino inverso de la mañana y, finalmente, llegaron al Albergo Solé. Alan Carpenter entró en el saloncito de Oriana Lualdi mirando hacia el lugar preferido de la anciana, en el sillón junto al aparato de radio. Pero Oriana Lualdi no estaba allí y el aparato de radio estaba apagado.

Tomó la llave del tablero y salió.

—La *signora* Lualdi ha salido —dijo—. Seguramente regresará mientras recojo mis cosas.

—Me gustaría despedirme de ella —sonrió Irina Markova—. Es una persona encantadora.

Revaz Nosenko señaló escaleras arriba. Los tres subieron, siempre Alan Carpenter en primer lugar. Aunque parecía que todo estaba bien, Nosenko llevaba la pistola en el bolsillo del abrigo, firmemente empuñada, lista para ser utilizada en cualquier momento.

Entraron en el cuarto del espía americano, y éste fue directo al armario, lo abrió, sacó una maleta nueva y comenzó a poner en ella su reducido vestuario. La cerró y se volvió.

—Ya ésta —dijo.

—¿El pasaporte? —preguntó Nosenko—. El que tiene a nombre de Mario Francini.

—Está en la maleta. ¿Es que sus camaradas no lo vieron cuando registraron el cuarto?

—Kovarian y yo vimos ese pasaporte en la maleta, pero eso fue hace dos días —gruñó el ruso—. ¿Seguro que no se olvida nada?

—No.

—Entonces, vámonos.

—Sería mejor esperar un poco, para dar tiempo a que regrese la *signora* Lualdi.

—No. Deje usted el dinero abajo, con una nota convincente. Todo

está en marcha, así que cuanto antes terminemos y salgamos de Venecia, mejor para todos.

—Está bien.

Nosenko abrió la puerta y salió en primer lugar, seguido de Alan Carpenter, que se volvió al no oír tras él los pasos de Irina Markova. La vio en el centro del cuarto mirando alrededor, un poco pálida. Cuando sus miradas se encontraron, el espía americano frunció el ceño al captar la emoción en los ojos de la espía rusa.

—¿Quizá olvidas algo tú? —preguntó fríamente.

Irina Markova bajó la mirada y salió del cuarto sin replicar mientras su camarada Nosenko la miraba con curiosidad. Alan Carpenter la miraba torvamente, en cambio. ¿Por qué seguir con la comedia del amor? Por la expresión de la espía rusa había parecido como si... como si dejase allí lo mejor de su vida: un bello recuerdo, una nostalgia, una tristeza profunda. ¿Qué necesidad tenía la maldita rusa de seguir fingiendo?

Revaz Nosenko fue quien abrió la marcha escaleras abajo. Al llegar al vestíbulo se acercó al portal, miró a ambos lados y regresó hacia la puerta de la vivienda de Oriana Lualdi que Carpenter estaba abriendo.

Entraron los tres y Alan refunfuñó:

—Todavía no ha vuelto, hemos ido demasiado deprisa. Yo creo que deberíamos esperarla.

—No —rechazó Nosenko—. Escríbale una nota.

Alan miró a Irina, que también allí miraba a todos lados, como queriendo grabar para siempre en su memoria aquel lugar tan extraño, tan agradable, tan viejo y tan dulce. De nuevo se encontraron sus miradas y ella bajó otra vez la suya. El espía americano soltó un gruñido, buscó un papel y un bolígrafo en el aparador donde estaba el juego de café de porcelana china. Había un pequeño bloc para notas allí, en el cual anotaba siempre Oriana Lualdi los recados telefónicos que recibía para sus huéspedes. Del bloc, por medio de una cadenita, colgaba un bolígrafo barato.

Con todo ello fue a sentarse en un sillón, colocó el bloc sobre una rodilla y comenzó a escribir rápidamente:

«Muy querida *signora* Lualdi:

»Gina y yo hemos decidido marcharnos juntos a Roma. ¿Recuerda? Igual que hicieron usted y el hombre que amaba hace años. Esperamos ser muy felices, y, desde luego, volveremos a Venecia con frecuencia y la visitaremos. Perdone que nos vayamos sin despedimos, pero el tren...».

Alan Carpenter dejó de escribir y movió la cabeza con gesto de disgusto. ¿Por qué mentirle a la buena mujer? Jamás volverían, ni Mario Francini ni Gina Mendicoli. Ni Alan Carpenter o Irina Markova por supuesto. ¿Por qué mentirle? Bastaba una despedida menos familiar, menos...

La mirada de Carpenter vagando mientras reflexionaba, quedó fija en la puerta del dormitorio de Oriana Lualdi, en su parte baja. En el suelo. Pero todavía tardó un par de segundos en comprender realmente que por debajo de la puerta salía agua. Y otro segundo más en preguntarse: ¿agua en un dormitorio?

—¿Qué pasa? —Se mosqueó Nosenko—. ¡Termine de una vez!

Carpenter mire a Irina Markova y la vio también con la mirada fija en, el agua que salía por debajo de la puerta. Luego, ella le miró a él y ambos supieron que estaban pensando lo mismo: aquella mañana no habían visto a Oriana Lualdi. ¿Quizá le había ocurrido algo durante la noche?

Se dirigieron los dos a la vez hacia la puerta. Carpenter la abrió, encendió la luz... y oyó el grito contenido de Irina Markova. E inmediatamente vio a Oriana Lualdi en el suelo, cerca de la mesita de noche volcada, de los restos del jarro de agua que se había roto contra el suelo. También a la vez se precipitaron los dos hacia la anciana. Nada más tocarla, Carpenter supo que estaba muerta, pero le dio la vuelta, casi abrazándola, notando un nudo en la garganta.

Enseguida; apenas ver el pecho de Oriana Lualdi, el nudo en la garganta se disolvió. Atónito se quedó mirando la mancha de sangre en el flaco pecho de la mujer, y la tela, hundiéndose, adhiriéndose a los bordes de la herida de bala. La sangre estaba ya seca, el cuerpo frío y casi rígido.

—¿Qué pasa? —Oyeron la voz de Nosenko en la puerta del dormitorio.

Ni siquiera se volvieron a mirarlo, pero el agente ruso, tras lanzar una exclamación, se reunió con ellos y se quedó mirando desconcertado, a Oriana Lualdi.

—¿Qué ha pasado? —insistió en un susurro.

—Mario —tembló la voz de Irina Markova—. ¡Mario, no hemos sido nosotros, de verdad, no hemos sido nosotros!

—Está muerta —balbució el espía americano—. Está muerta, la han matado de un balazo.

—Vámonos de aquí, ¡pronto! —exigió Nosenko.

Alan Carpenter parecía no entender, o quizá no oír.

—Pe... pe... ro la... han matado. No comprendo... ¡Han matado de un balazo a una anciana! Y no... no comprendo, no sé por qué... por qué lo han hecho. No lo entiendo, no lo entiendo.

—Debemos irnos, Mario —dijo Irina Markova con voz tensa.

—Pero ¿por qué la han matado? A una anciana que... que sólo sabía ser cariñosa y amable, y... ¿Por qué? ¿Quién?

—Nosotros, no —insistió Irina—. Por favor, Mario, vámonos.

Carpenter depositó en el suelo a Oriana Lualdi lentamente, todavía aturdido, incrédulo. La amable y cariñosa *signora* Lualdi había muerto. Había muerto. Y ahora... ¿qué? ¿Viviría eternamente? ¿Se podía vivir eternamente? No podía saberlo de ninguna manera. Oriana Lualdi si lo sabía ya, por el único procedimiento: morir. Porque amar tampoco era nada, nada, nada... Todas las cosas en las que cupiesen las mentiras no eran nada, no valía nada. Solamente la muerte era verdad. Y después de la muerte, ¿se vivía eternamente?

Irina Markova se había puesto en pie y tiraba de su mano.

Carpenter se puso también en pie y fue hacia la puerta caminando como dormido, pero las palabras de Nosenko, comprendidas muy lentamente, le volvieron a la realidad:

—Cuando la encuentren y sepan que un huésped llamado Mario Francini se ha marchado de la pensión le buscarán, Carpenter. Y si no se da prisa, todo se va a complicar mucho.

—Sí. Sí. ¿Pensarán que la he matado yo? ¿Por qué?

Nosenko arrancó la nota que había empezado a escribir el espía americano, y algunas hojas más de debajo de la primera. Luego, fue a la puerta del dormitorio y la cerró. Con un almohadón de aquéllos tan graciosos que habían en el sofá, secó el agua que se veía en el piso del saloncito, lo mejor que pudo.

—Cuanto más tarden en encontrarla, mejor —explicó sus actos—.
Vámonos.

CAPÍTULO XII

—Puede estar seguro de que nosotros no hemos sido —aseguró también Basili Tichirian.

—Pues alguien ha sido —dogmatizó Alan, ya sereno.

—Por supuesto. Pero ¿por qué no la CIA?

—No diga tonterías. ¿Qué iba a ganar la CIA matando a esa pobre anciana?

—¿Y si su muerte no estuviese relacionada con esto? —sugirió tímidamente Irina Markova.

—No diga tonterías, Irina —masculló Tichirian.

—¿Y por qué han de ser tonterías? —Apoyó Carpenter a la rusa—. Una pobre mujer sola que tiene una pensión... Alguien pudo pensar que tenía dinero en casa, ¿no?

Los rusos le miraron dubitativos. Sí, claro, podía ser, pero les parecía demasiada casualidad.

En aquel momento, hasta la habitación de la estufa llegó el sonido del timbre de la casa. Alan Carpenter se sobresaltó, pero los rusos lo aceptaron con naturalidad. Tichirian miró a Kovarian, que salió del cuarto sin hacer comentarios. Regresó a los pocos segundos sin que nadie más hubiese hablado. Con él llegaba otro hombre, desconocido para Alan Carpenter.

Kovarian le hizo una seña a Tichirian y éste se acercó a él y al recién llegado, que miraba con curiosidad al espía americano. El cual, a su vez, procurando parecer indiferente, miraba a Kovarian y a Tichirian, que estaban sosteniendo una conversación en voz tan baja que era imposible captar ni siquiera un susurro.

Por fin, Tichirian se volvió.

—Tengo que salir —dijo—. Los demás permaneced aquí.

—¿Qué pasa? —inquirió Alan—. ¿Alguna dificultad?

—Todavía no lo sé, así que voy a asegurarme.

Basili Tichirian, Kovarian y el recién llegado, salieron del cuarto, y poco después estaban en la calle. Fueron adonde habían dejado la lancha, en silencio, y partieron. Salieron al Gran Canal, se acercaron a la otra orilla, pasaron bajo el Ponte di Rialto, y tomaron luego por

el segundo canal después de este puente. Después de cruzar bajo Salizzada S. Canciano detuvieron la lancha, la dejaron amarrada y ascendieron a la calle. Dos minutos después, se detenían delante de la Chiessa dei Miracoli.

—¿Y si es una trampa? —musitó Kovarian.

—¿En una iglesia? —sonrió levemente Tichirian—. Yo creo que los americanos no pueden ser tan bestias como para eso. De todos modos, tú te quedarás aquí fuera. Tú entra conmigo, Paulovich, y señálame a ese hombre.

Kovarian se quedó delante de la iglesia, mirando a todos lados, en absoluto tranquilo. Basili y el otro entraron en la iglesia, cuya penumbra parecía espesarse debido precisamente a las velas encendidas. Solamente habían algunas mujeres, y, en uno de los últimos bancos un hombre de espaldas a la entrada. Paulovich lo señaló con la barbilla y, fue a sentarse de modo que pudiese ver toda la iglesia. Basili Tichirian comenzó a caminar hacia aquel hombre que le volvía la espalda.

De pronto, aquel hombre volvió la cabeza y la luz de las velas se reflejó en los cristales de sus lentes. El viejo lobo del espionaje ruso se detuvo en seco, como si hubiese chocado con un muro. ¿Cómo no había pensado en aquel hombre cuando Paulovich se lo había descrito tan brevemente durante el corto viaje? Pero sí, era él, desde luego: el de las dos fotografías. Menudo, delgado, con su carita de bebé, sus lentes de montura al aire...

Segundos después, Tichirian se sentaba junto al hombrecillo y mascullaba la contraseña convenida entre éste y Paulovich:

—Ave María Purísima.

El hombrecillo lo miró irónicamente, y susurró:

—Sin pecado concebida. ¿Cómo debo llamarle?

—Basili, simplemente. ¿Y usted?

—Hace tiempo que utilizo el nombre de Giovanni Colegini, pero en estos momentos prefiero utilizar mi verdadero nombre: Ransom Owens Americano, desde luego. Y de la CIA.

—Muy bien. —Tichirian se sentía realmente molesto en la iglesia, y no por cuestiones teológicas, sino porque le parecía que estaba profanando la fe de otras personas—. ¿Es necesario que hablemos aquí?

—Si no le importa demasiado, yo lo prefiero. Me siento más seguro.

Luego, cuando lleguemos a un acuerdo, no serán necesarias las precauciones, espero.

—¿Qué es lo que quiere usted de mi, señor Owens?

—¿Cuánto dinero les ha pedido Carpenter?

—Un millón de dólares.

—Vaya —relucieron los ojos del hombrecillo—. No está nada mal. Esa cantidad también es suficiente para mí.

—¿Debo entender que quiere usted otro millón de dólares? ¿A cambio de qué? —No quiero *otro* millón de dólares. Podrán pagarme con el que dejarán de pagarle a Carpenter. El les está engañando.

—¡Ah!

—No me diga que se sorprende demasiado, Basili.

—Demasiado, no. Pero estaba empezando a pensar que Carpenter jugaba limpio con nosotros.

—Es un muchacho aceptablemente listo —sonrió el hombrecillo—. Y además, todo ha estado muy bien planeado. No tengo la información completa, pero si puedo proporcionarle algunos detalles, si le interesan. —Tengo interés por escucharle— admitió Tichirian.

—Bien... Según tengo entendido, hace casi dos años que se planeó todo esto y, en toda Europa, solamente Oriana Lualdi lo sabía...

—¿La propietaria del Albergo Solé? —Casi respingó Basili.

—Que en paz descanse.

El ruso, que durante la conversación parecía ignorar la presencia de Ransom Owens, se quedó ahora mirándolo fijamente, un poco pálido.

—¿La ha matado usted? —susurró, con voz tensa.

—Era una pobre estúpida... He tenido que hacerlo. ¿Cómo le ha sentado a Carpenter?

—Muy mal.

El americano se volvió a su vez, para mirar atentamente al ruso con tal expresión implacable e irónica en sus ojos, que Tichirian se estremeció ligeramente.

—¿Y usted? —preguntó Owens.

—Yo considero que los asesinatos rara vez son necesarios, señor Owens. Pero mi opinión al respecto no creo que le interese, ¿verdad?

—En absoluto —sonrió el hombrecillo—. Bien, veamos... Hace algo más de un año, según entiendo, Carpenter fue expresamente enviado a París para atender cierto asunto relacionado con unos agentes albaneses. Asunto que, ciertamente, podía haber sido atendido por el personal de la CIA residente en París. Sin embargo, interesaba que Carpenter entablase relaciones... discretamente amistosas con un agente ruso...

Supongo que lo consiguió.

—Boris Vetenko. Se lo digo porque los de la CIA lo mataron en Niza.

—Ya. Bueno, de ahí debía partir todo, con el fin de, tiempo después, o sea, por estas fechas, sacar partido de esa... amistad profesional, que tenía como objetivo relacionar a Carpenter con los rusos. Lo cual, indudablemente, ha conseguido. Ustedes —sonrió de nuevo el hombrecillo— han estado vigilando por toda Venecia, pero yo no he perdido el tiempo. Y además, he jugado con ventaja, porque soy tan... insignificante que nadie ha reparado en mí. Llevo más de tres años en Venecia, y... ¿alguien le ha hablado de mí?

—No.

—¿Se da cuenta? —Gruñó Owens—. Ni siquiera sus amigos residentes en esta ciudad han reparado en mí. Pero yo sí los he ido conociendo a ellos, y por fin, hoy, me he decidido a hablar con... Bueno, no sé cómo se llama en realidad. Yo le conozco como Carlo Rosetti. Es el que ha ido a decirle a usted, como director de este asunto, que le esperaba aquí. Lo he sorprendido, desde luego... A veces, si no fuese porque periódicamente me va llegando el asqueroso *sueldo*, diría que la CIA ni siquiera se acuerda de mí...

—Hábleme de Oriana Lualdi.

—Sí... Bien, ella era la única persona en toda Europa que conocía la verdad. Hace alrededor de dos años, la CIA la ayudó a comprar la pensión..., aunque, claro, con tal discreción, que ni siquiera el Fisco italiano encontraría nada anormal en la tenencia de dinero por parte de esa mujer. Creo que...

—No me interesan esos detalles. Hay mil medios de hacer estas cosas.

—Claro. Oriana Lualdi fue instruida adecuadamente para una sola misión: apoyar la introducción de Carpenter en el servicio secreto soviético.

—¿De modo que eso es lo que quiere realmente Carpenter?

—Eso, y nada más que eso. Ignoro qué ha estado pasando por ahí hasta ahora, pero sí sé lo que ha estado pasando en Venecia. Un día, recibí una extraña orden de la CIA: si una tal Oriana Lualdi pedía mi ayuda por cualquier circunstancia inesperada, debía apoyarla hasta las últimas consecuencias. Sólo eso. Mientras tanto, ese nombre debía ser olvidado por mí. Pero, yo tengo tan poco trabajo en Venecia, que decidí distraerme buscando a esa mujer. Para mí fue una especie de... entrenamiento. Hace menos de un año, la localicé. Me las arreglé para conocerla, una noche, a la salida de un cine. Fui un caballero muy atento, y, desde luego, en modo alguno mencioné a la CIA. Me intrigaba ella. Nuestra amistad, pura simpatía personal, fue incrementándose...

—Espere un momento —cortó Basili—. Tengo entendido que usted estuvo en el Albergo Solé buscando habitación, que el precio le pareció caro... Carpenter estaba allí. ¿Usted y esa mujer simularon no conocerse?

—Naturalmente. Le estaba diciendo que nuestra amistad fue incrementándose, así que, en un momento dado, le confesé que yo era de la CIA, y que tenía la misión de ayudarla si en algún momento se hallaba en apuros. Le supliqué que no informase a la CIA de que yo había dado ese paso por mi cuenta para conocerla y todo eso. Estuvo de acuerdo. Luego, seguimos viéndonos, siempre lejos de su domicilio, y del mío. Por supuesto, nada de amor o algo parecido —sonrió sarcásticamente Owens—. Sólo simpatía personal, como he dicho antes, aumentada por el hecho de que, en determinado momento, yo podía convertirme en su protector. Por fin, conseguí que me dijese que la CIA la había colocado allí a la espera de cumplir una importante misión de informadora, respecto a la introducción de uno de los nuestros en el servicio secreto ruso...

—No fue muy discreta esa mujer.

—¿Qué se podía esperar? Una pobre mujer sola, que encuentra un buen amigo que, al final, resulta ser también de la CIA. Muchas tardes de soledad, nadie con quien poder charlar, nadie en quien poder confiarse... Me costó algún tiempo, pero la convencí. Y ahora, espero obtener fruto de mi paciencia.

—O sea, que me pide usted un millón de dólares por haber delatado a Alan Carpenter.

—Exactamente.

—Lo pensaré —sonrió, de pronto, Tichirian.

—¿Lo pensará? —se sorprendió Owens—. ¡Ya le he facilitado la información!

—¿Y por qué he de creerle a usted y no a él?

—¿Está loco? —Se pasmó el hombrecillo—. ¡Le estoy hablando de un agente de la CIA que ha sido entrenado durante dos años para introducirse en la MVD, o en cualquier otro importante organismo soviético!

—Eso no me consta, señor Owens. ¿Cómo podría probarlo?

Ransom Owens miraba incrédulamente a Basili Tichirian.

—Usted no lo entiende —masculló—. O quizá soy yo quien no le entiende a usted. ¡Le delato el plan de Carp...!

—Señor Owens: ¿podría usted probar que Carpenter está realmente jugando sucio conmigo?

—¡Probarlo...! ¿Cómo voy a conseguir eso, ahora que he matado a Oriana Lualdi...?

—¿Por qué la ha matado?

—Fui a verla, ella me dijo que todo había salido bien, y que ya había pasado el informe a la CIA. Yo le dije que era una tontería todo esto, que ustedes se darían cuenta tarde o temprano de la verdad, y que sería una buena idea que nosotros nos beneficiásemos... Le propuse que delatásemos ambos a Carpenter a ustedes, y quedarnos con el dinero que ustedes estaban dispuestos a pagarle a él. Por el modo en que ella me miró, comprendí que yo había cometido un error, que ella jamás aceptaría eso, y que, además, se apresuraría a informar a la CIA respecto a mí, y ya, en todo, explicándoles que la había conocido acercándome a ella sin autorización... En fin, todo eso. Así que no tuve más remedio que matarla.

—Es una lástima que ella no pueda apoyar sus palabras, señor Owens.

—Pero, maldita sea —se crispó el rostro del hombrecillo—. ¡Le estoy diciendo a usted que un agente americano les está tomando el pelo, y usted se ríe de mí! ¡Está loco!

—Es posible. Quizá estoy loco por pensar que tiene órdenes concretas de la CIA para hacer esto.

—Para hacer..., ¿qué?

—Delatar a Carpenter, de tal modo que nosotros lo matemos y no creamos nada del microfilme que él nos haya facilitado previamente. Es una astuta jugada, ¿no le parece? Como no consiguen localizarlo, han inventado todo este truco: ya que ustedes no pueden matarlo, quieren que lo matemos nosotros... Y que no creamos nada de cuanto él nos diga o del material que nos entregue. Felicite a sus jefes de mi parte, señor Owens. Y ahora, si no tiene nada más que decirme...

Comenzó a ponerse en pie, pero Owens, que le había estado contemplando estupefacto, lo asió de una manga.

—Espere —jadeó—. ¡Espere un momento, por favor! Tiene que haber algún medio para que yo pueda convencerlo... Vamos a ver: ¿han registrado ustedes el domicilio de Oriana Lualdi?

—No.

—Allí tiene que haber algo... ¡Ella debe tener algo allí! Y ustedes pueden encontrarlo, pueden convencerse...

—¿Sabe Carpenter que esa mujer actuaba de enlace entre él y la CIA?

—No. Ella me dijo que ni siquiera el propio Carpenter sabía nada de ella, pero que ella estaba preparada para saber casi todo lo que le ocurriese a él, a fin de informar a la CIA cuando el asunto terminase...

—Ya ve: ni siquiera podemos contar con obligar a Carpenter a confesar que sabía que Oriana Lualdi era de la CIA, con lo cual nos convenceríamos de que él nos estaba engañando.

—Pero tiene que —haber algún medio de convencerlo a usted— el hombrecillo se pasaba una mano por la frente, desesperado. —¡Me he metido en un lío por culpa de ustedes, y ahora no quiere creermelo! ¿Qué voy a hacer ahora?

—No tengo la menor idea.

—Pe... pero... Bueno, tengo en mi domicilio mucha información: claves, nombres, trabajos realizados... ¡Se lo entregaré todo! ¡No puede dejarme solo en Venecia, después de lo que he hecho!

—¿También usted quiere venir a Rusia? —Lo miró, interesado, Tichirian.

—¿A Rusia? ¡Claro que no! ¡Pero tienen que ayudarme aunque sólo sea a escapar de Venecia...!

—No parece que haya mucho peligro aquí. Hasta el momento, no

hemos tenido tropiezos con la CIA. Parece que...

—¿Y qué me dice de eso? —exclamó Owens—. ¿No le parece extraño que estén buscando a Carpenter por toda Europa y ustedes, aquí, no hayan visto a nadie de la CIA? ¡Les están facilitando las cosas para que se lleven a Carpenter a Moscú! ¡Esto es lo que quieren, se lo juro!

Basili Tichirian parpadeó. Si, podía ser eso... Claro que a él le había parecido extraño y muy cómodo no toparse con nadie de la CIA, en Venecia... Claro que sí. Pero quizá fuese casualidad, buena suerte, simplemente. Quizá.

—Quizá —admitió—. De todos modos, creo que echaré un vistazo al microfilme de Carpenter antes de tomar ninguna decisión.

—¿Qué espera que contenga ese microfilme? ¡Todo está preparado, y aunque la información será realmente buena, no les servirá de gran cosa, en definitiva! ¡Claro que le han facilitado a Carpenter un microfilme con magnífica información, pues de otro modo no les convencería a ustedes! Pero esa información que ustedes recibirán ahora, la pagarán dentro de un tiempo muy cara, Basili... ¡Muy cara!

—Ése es un riesgo sobre el cual yo no estoy autorizado para tomar decisiones. Los especialistas de Moscú decidirán. ¿Algo más?

—Escuche... ¡Escuche, no le diga a Carpenter lo que he hecho, o él encontrará el modo de pasar la información a la CIA, y acabarían conmigo!

—No tema: si yo le dijese eso a Carpenter, y él consiguiera, no imagino cómo, pasar la información a la CIA, y ésta le eliminase a usted, sería delatar a Carpenter, ¿no se da cuenta? Por lo tanto, la CIA, llegase o no a enterarse de lo que usted ha hecho, jamás le haría nada... Viva tranquilo, señor Owens..., si es que puede.

—¿Se... se marcha...?

—Yo no creo en Dios; ni mucho menos, en la Iglesia, señor Owens. No creo en nada. Pero aquí hay gente que merece que sus creencias sean respetadas, y mi presencia me parece... como una agresión a su fe, a sus ideas. Ya he permanecido aquí demasiado rato.

—¿No va a concederme ninguna oportunidad?

—¿Oportunidad sobre qué?

—No sé... Escuche, le he dicho la verdad, Carpenter les está engañando... Mire, le voy a dar un número de teléfono, y si usted

llega a convencerse de que no le he mentado, puede llamarme... Por favor. Sólo le pido algo de dinero, y que me saquen de Venecia. Aunque ahora usted no me crea, se convencerá de que no le he mentado. También puedo entregarle todo mi archivo personal, que he ido recopilando sin que la CIA lo sepa. Claro que mi información no será tan buena como la de Carpenter, pero... no tengo otra cosa. Éste es el teléfono... ¿Me llamará? No me moveré de allí, estaré esperando...

Basili Tichirian tomó la hoja de papel que Owens arrancó de la libretita de notas tras escribir el número de teléfono. Se guardó la hojita en el bolsillo, y caminó hacia el extremo del banco, sin contestar.

Salió de la iglesia, y Kovarian lo hizo tras él, después de contemplar atentamente al hombrecillo, que se había quedado en el banco como derrotado, derrumbado.

Afuera, Paulovich los vio salir y, por gestos, les hizo comprender que no había notado nada por las cercanías que pudiese parecer una trampa.

Pero esto ya lo sabía Basili Tichirian. Si había trampa no se trataba de trampa con pistolas. La trampa, si es que existía, era sutil, astuta; magnífica, en realidad: los americanos no encontraban a Carpenter, y creyendo que estaba con los rusos, enviaban a Owens con todo aquel cuento fantástico, para que ellos matasen a Carpenter y no le creyesen en nada. Ni en el contenido del microfilme, claro.

Pero..., ¿y si Owens tedia razón? ¿Y si aquel hombrecillo insignificante, mal pagado harto de Venecia y sus sucios canales, había decidido ganar nada menos que un millón de dólares delatando a un compañero? ¿Por qué no podía ser cierto?

—¿Qué te ha dicho? —Llegó preguntando Paulovich.

—Es un cerdo —susurró el viejo lobo ruso—. Quiero decir que es un cerdo, si todo lo que me ha contado es verdad —ha vendido a Carpenter. Un cerdo vende a otro cerdo... Nos aseguraremos de que es verdad lo que ha dicho el cerdo pequeño. Y si es verdad...

CAPÍTULO XIII

Todos estaban muy preocupados cuando Tichirian, Paulovich y Kovarian regresaron a la casa junto al canal, pero el que saltó más nervioso que ninguno fue Alan Carpenter, aullando:

—¡Por todos los demonios...! ¡Creíamos que...!

—Cálmese, Carpenter —dijo sosegadamente Tichirian—. No ha ocurrido nada importante. Sólo unos pequeños contratiempos.

—¿Pequeños contratiempos? ¿A qué se refiere?

—Parece ser que, finalmente, la CIA está dando una batida por Venecia. Y lo están removiendo todo. Ya me extrañaba a mi que no hubiesen aparecido por aquí...

—¡Tenemos que marchamos cuanto antes! —exclamó Alan.

—Ni hablar. Oiga, ¿está loco? ¿Qué cree que pasarla, si la CIA supiese que un helicóptero ha sido visto volando hacia el Sur? Hemos tenido que esconderlo, y sólo podemos hacer una cosa: esperar. Ya perdí un hombre en Niza, por todo este asunto. Y no quiero perder otro. ¿Está bien claro?

Alan Carpenter suspiró, y volvió a ocupar el sillón.

—De acuerdo. Sí, lo entiendo, desde luego... Ustedes solos quizá puedan moverse por Venecia con cierta libertad, pero en cuanto los vieses conmigo, las cosas se pondrían al rojo vivo. ¿Se da cuenta? ¡Por eso mismo no quise continuar junto a sus hombres en Niza, y me escapé con el coche, y...!

—Está bien, está bien, todos tenemos razón, lo comprendo ahora. Lo único que podemos hacer es esperar. O eso, o salir a la calle a tiroteamos con los de la CIA. Y desde luego que no pienso hacer semejante barbaridad.

—Pues esperaremos —encogió los hombros Carpenter—. Pero supongo que se da cuenta del doble riesgo; ¿no?

—¿Cuál doble riesgo? —Frunció el ceño Basili.

—Esta misma noche, o mañana lo más tarde, el cadáver de Oriana Lualdi será encontrado... Mi ausencia será notada de la pensión. Y entonces, no será sólo la CIA la que me buscará, sino también la policía italiana.

—¡Maldita sea...! —exclamó Nosenko.

—Calma —aconsejó Tichirian—. Ante todo, calma, Revaz. Nada de perder los nervios. Tenemos aquí comida, bebida, tabaco, estufas... Podemos permanecer encerrados en esta casa más de una semana. Y en una semana, las cosas pueden cambiar mucho.

—Una semana —barbotó Carpenter—. ¡Una semana!

—Quizá se desengañen en menos tiempo los americanos —encogió los hombros, Tichirian—. Por supuesto, usted no saldrá de aquí para nada, Carpenter. Nosotros iremos haciendo discretas salidas, a ver cómo está el ambiente. Tenemos algunos compañeros más, residentes en Venecia, que también nos irán informando, en contactos personales o por teléfono— señaló el aparato. —Lo único que necesitamos es paciencia. Y se supone que todos los de nuestra profesión tienen siempre la que sea necesaria. ¿De acuerdo?

—¡Qué remedio! —masculló Carpenter.

Basili Tichirian miró su reloj.

—Es muy tarde ya; nos hemos entretenido demasiado con todo eso de poner a salvo el helicóptero... Creo que deberíamos cenar algo y descansar. Ya veremos cómo están mañana las cosas. Ven conmigo a la cocina, Irina: veamos si, en efecto, tenemos suficiente comida para una semana...

La cena fue, simplemente, la satisfacción de una necesidad. Nadie pronunció una sola palabra.

Luego, pese a estar con ocho agentes secretos rusos, Alan Carpenter se durmió apaciblemente en el sofá. O al menos, lo pareció. Los rusos cambiaron miradas, pero tampoco hicieron el menor comentario. Irina Markova se acomodó en otro sillón, frente al espía americano y se quedó mirándolo. Revaz Nosenko sacó un ajedrez de bolsillo, lo dispuso sobre la mesita, y miró a Kovarian, que asintió con un gesto y acercó dos sillas. Los demás comprendieron que sus dos compañeros se asignaban el primer turno de vigilancia, y salieron en busca de acomodo para pasar la noche, en las habitaciones de la casa.

Finalmente, el silencio se hizo absoluto.

Hacia las siete de la mañana, Alan Carpenter abrió los ojos, estiró las facciones, y se pasó tina mano por ellas. Luego, vio al que llamaban Titov, y a Paulovich, sentados cerca de él, mirándole fijamente. Y enseguida, el ajedrez de bolsillo, sobre la mesita. Pero

Paulovich y Titov no jugaban, por lo menos en aquel momento; simplemente, lo miraban. Carpenter frunció el ceño al ver el ajedrez, pero acabó encogiendo los hombros. Muy bien, si los rusos no querían hacer una partida con él, podían irse al mismísimo infierno...

—¿Qué tal un café? —Bostezó.

Irina Markova abrió los ojos.

—¿Qué...?

—Café —gruñó Carpenter, mirándola hoscamente—. Supongo que puedo prepararme...

—¡Oh, yo lo haré! ¿Queréis vosotros también?

Titov y Paulovich asintieron con un gesto, y ella salió hacia la cocina, mirando con dulce expresión al espía americano, que encendió un cigarrillo, ignorándola.

Antes de que regresase Irina con el café, aparecieron en el salón Basili Tichirian y los demás, mesándose los blancos cabellos el primero.

—Muy bien —dijo, como saludo—, tendremos que empezar cuanto antes a movemos...

¿No han llamado por teléfono?

—No —negó Paulovich.

Tichirian se acercó al aparato, puso la mano encima, reflexionó, y movió negativamente la cabeza.

—No. Saldremos a la calle, tranquilamente, tal como lo pensé anoche. Y quiero que quede bien clara una cosa, camaradas: nada de tiroteos.

—Si los americanos... —empezó Nosenko.

—Si los americanos aparecen, vosotros desaparecéis —cortó Basili—. Por dos motivos: Primero, que no quiero más muertos. Segundo, que si nos liamos a tiros, los americanos comprenderán que tenemos a Carpenter aquí, en Venecia. ¡Ah, muy bien! —Se frotó las manos al ver aparecer a Irina—: Café. Estupendo, Irina. Por cierto, tú tampoco vas a salir... Te quedarás aquí, con Carpenter, por si nuestros camaradas llamasen por teléfono.

—Está bien —sonrió Irina.

Se acercó a Carpenter, ofreciéndole un vaso con café. Los demás rusos la miraron, pero no dijeron nada. Alan Carpenter tomó el vaso, sin mirar a la muchacha de los bellos ojos... Se quedó

mirando el café, percibiendo su aroma... Vivir eternamente. ¿Estaría Oriana Lualdi viviendo ahora para toda la eternidad? Sí, el aroma del café le hizo recordar a la simpática y cariñosa anciana. Y desde luego, el café hecho por Irina no era tan bueno. Ni muchísimo menos. Como alucinado, el espía americano miraba el café, pero veía la imagen de Oriana Lualdi, fría, rígida, con aquella mancha de sangre en el pecho... ¿Por qué? ¿Por qué matar a una pobre mujer que a nadie podía perjudicar? ¿Quién lo había hecho, y sobre todo... por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por...?

—¿No te gusta mi café?

Alzó la cabeza, y miró a Irina, que le contemplaba expectante. Sin contestar, se dedicó a sorber el caliente líquido negro... ¿Y ella? ¿Por qué le miraba todavía de aquel modo tan dulce, tan... especial? Hasta sus camaradas rusos tenían que darse cuenta de ello. ¿Qué quería ahora, aquella...?

Le distrajo de sus pensamientos la voz de uno de los rusos. Se estaban repartiendo Venecia por zonas para dar una batida pacífica y discreta, con la intención de localizar a los agentes americanos y saber si éstos iban bien encaminados o no en su búsqueda. Tuvo que esforzarse en contener una dura sonrisa, porque también aquello estaba previsto: en Venecia habían muchos menos agentes de la CIA de lo que los rusos pudiesen pensar, pues el responsable de aquella ciudad, aunque no estaba al corriente del asunto por supuesto, sí habría recibido unas extrañas órdenes al respecto. Lo buscarían, claro, pero pocos hombres, y no serían precisamente de los mejores. Y si los rusos veían a pocos americanos, sólo podrían pensar eso: que no los veían a todos, pero que estaban por allí, y que eran de los buenos, de los que sabían pasar inadvertidos...

Permaneció con la cabeza baja mientras los rusos se despedían, y se iban marchando.

Por fin, quedaron solamente él y la bellísima Irina.

—¿En qué estás pensando? —preguntó ella.

—¿A ti qué te importa? —replicó Alan, desabrido.

Irina Markova sonrió, y se dedicó a recoger los vasos y llevarlos a la cocina. Luego, se sentó en una de las sillas colocadas ante la mesita, en la que estaba el pequeño juego de ajedrez.

—¿Quieres que hagamos una partida, Mario?

Alan Carpenter le dirigió una torva mirada.

—Si vuelves a llamarme Mario lo vas a lamentar, puerca.

—¿Por qué me tratas así? —murmuró ella—. Sé que me amas, Mario. En cuanto a mí...

Se calló, y sus ojos se abrieron mucho, viendo acercarse a Carpenter, apretados los puños, hosco el gesto. El americano llegó ante la mesita, y de un furioso manotazo barrió el ajedrez de Nosenko, enviándolo destrozado a un rincón.

—No te avisaré más, rusa —masculló Carpenter.

Irina Markova suspiró profundamente.

—En cuanto a mí, también te amo... —dijo—. Si todo va bien, dentro de poco estarás en Rusia, y yo... pediré que me dejen... visitarte. ¿Por qué crees que estoy contenta, sino por esta perspectiva? —Se puso en pie y le echó los brazos al cuello. Te amo..., Mario.

Mario Francini se desprendió de los brazos de ella, y la derribó de una violenta bofetada.

—¡Te lo he advertido! —gritó—. ¡No vuelvas a llamarme Mario nunca más!

—Te amo, Mario —dijo ella, tendida en el suelo.

Alan Carpenter tuvo la sensación de que un globo ardiente se estaba hinchando dentro de su cabeza, cada vez más cerca del estallido que la haría saltar en pedazos. Se abalanzó hacia Irina, la puso en pie de un tirón con la mano izquierda, y con la derecha volvió a golpearla... Ella ni siquiera gimió, ni intentó defenderse, y tras un par de golpes más, Carpenter quedó inmóvil, con la mano en alto...

—Es inútil —murmuró ella—. No me estás pegando porque seas brutal, ni cruel. Me estás pegando porque tienes miedo precisamente de amarme, de dejarte llevar por un sentimiento. Sé que me comprendes: eres como una... máquina que ha sido computada para todo, excepto para un suceso tan inesperado como amar... ¿No es verdad, Mario? Tienes miedo de ser una persona demasiado normal, porque no has sido preparado para eso. Y me culpas a mí al descubrir tu fallo... A mí, que lo único que hago es amarte. Mario, ¿por qué tienes miedo de admitir la verdad, tú también? Estoy tan asustada como tú, porque quizá a mí también esto me complique la vida, pero ¿qué puedo hacer? Te amo, Mario. El espía americano tragó saliva, se mordió los labios... Ahora estaba intensamente pálido.

Y de pronto, atrajo contra su pecho a Irina Markova, con fuerza, con gesto desesperado, abrazándola como si quisiera protegerla de todo y de todos.

—¿Qué vamos a hacer? —se lamentó, con voz ronca—. ¿Qué voy a hacer, Irina...? —Ya lo estás haciendo— susurró ella: —amarme—. No... No, no, no, no, no...

Irina Markova se apartó, y tomó entre sus manos el rostro de Alan Carpenter.

—No seas tonto, mi amor... ¿Por qué resistimos? Estaremos juntos en Rusia, simplemente. A mí no me importa nada de ti, eso es cosa de mi directorio... Como espía, no me interesas. Yo sólo pienso en ti, ahora, como el hombre que amo...

—Irina...

—Ven... Vamos a sentarnos en el sofá...

* * *

Se estaban besando, sentados en el sofá, ajenos al mundo, cuando sucedió. Los dos se dieron cuenta a la vez. No vieron nada, pero lo presintieron. Sus labios, un momento antes tan suaves en el beso, se quedaron rígidos, de pronto.

Se separaron, lentamente, y miraron hacia la puerta del salón... Y los dos palidecieron a la vez, intensamente, al ver a los dos hombres, en la puerta, mirándolos con una fijeza aterradora. Cada uno de ellos tenía una pistola en la mano, y los apuntaban... Parecían un poco sorprendidos, incluso desconcertados, pero su gesto era firme, no había la menor vacilación en sus manos armadas.

Eran dos hombres altos, fuertes, de mirada penetrante, dura. Uno de ellos era rubio, de ojos claros. El otro, más alto y delgado, tenía los cabellos rojos, los ojos verdes, y algunas pecas en el rostro tenso.

—¿Carpenter? —susurró el rubio.

Alan Carpenter se sentía helado. Por eso, se sorprendió a si mismo negando:

—No... ¿Qué buscan, quiénes son ustedes? —habló en italiano.

El pelirrojo sacó una fotografía de un bolsillo interior, la miró brevísimamente, y frunció el ceño.

—Son ellos, Gary —dijo en inglés—. El es Carpenter, y ella es la

mujer que le acompañaba. Acabemos.

El rubio asintió con la cabeza.

—Carpenter, queremos el microfilme —deslizó fríamente—. Apártese de esa mujer, la mataremos, y usted y nosotros iremos a por esa información que robó... ¡Póngase en pie!

El mundo parecía estar derriéndose bajo los pies del espía americano Alan Carpenter. En su pecho se mezclaban dos sentimientos: terror y desesperación. Y, al mismo tiempo, una verdad estaba taladrando su mente: los habían encontrado. Pese a todos los planes tan bien preparados, cualquiera sabía por qué sorprendentes y extraños designios dos agentes de la CIA lo habían encontrado a él, precisamente en Venecia, donde estaba previsto que la vigilancia sería una pura formalidad.

Y por último, aquellas palabras fueron poco menos que un impacto físico para él: «apártese *de esa mujer, la mataremos*».

¿Cómo habían llegado hasta allí aquellos dos agentes de la CIA? La respuesta parecía sencilla: habían estado vigilando, habían visto a los rusos por allí, quizá incluso saliendo de la casa, y habían esperado que se alejasen para entrar... Abrir una puerta, no es un problema mayor para un espía.

Y ahora estaban allí, delante de ellos, y habían dicho que iban a matar a Irina.

Se puso en pie, lentamente, interponiéndose entre Irina y los dos agentes de la CIA.

—No —musitó—. No, un momento, muchachos...

—Apártese de ella. Venga hacia aquí, Carpenter.

—Esperad... Hay un error... No quiero que la matéis, esto no puede seguir. Nos iremos los tres, pero la dejaremos viva a ella...

—Apártese. Tenemos órdenes de matar a cualquier ruso que esté cerca de usted.

—He dicho que no. Nos iremos los tres, pero la dejaremos viva a ella... Estáis cometiendo un error, pero no es culpa vuestra. ¿Por qué estáis aquí? Deberíais estar lejos, simulando buscarme, o, aunque lo hicieseis con sinceridad, jamás debíais haberme encontrado. Lo estáis estropeando todo.

—¿Qué dice? —El pelirrojo parecía no entender.

—No os culpo por ello; vosotros no lo sabéis... Queriendo hacerlo bien, lo habéis estropeado, ya no podré introducirme en el

espionaje soviético... ¿De verdad no lo comprendéis? Todo es mentira, todo fue preparado hace tiempo, todo estaba previsto, menos la intervención de dos malditos idiotas como vosotros; aunque quizá el idiota sea vuestro jefe de grupo... ¿No lo entendéis?

Los dos espías americanos se quedaron mirándole fijar mente. Luego, para asombro de Alan Carpenter, se guardaron las pistolas, y uno de ellos se volvió hacia la puerta.

—¿Es suficiente, camarada Basili? —preguntó en ruso.

Basili Tichirian apareció en el salón de la estufa, pálido como un muerto, mirando a Alan Carpenter como si éste fuese, ya, un cadáver.

—Sí —musitó—. Sí, es suficiente, camaradas.

Y detrás de Tichirian aparecieron los demás rusos, todos ellos pistola en mano.

Alan Carpenter comprendió. Se dejó caer en el sofá, junto a la petrificada Irina Markova, y escondió el rostro entre las manos.

Había jugado y había perdido. Así de simple.

Irina Markova tardó un poco más que él en comprender. Sus ojos estaban desorbitadamente fijos en Basili Tichirian cuando musitó, con voz aguda y temblorosa:

—¿Nos ha mentado, Basili?

El viejo lobo del espionaje soviético asintió, mientras, posiblemente, era el único que notaba la aparición de las lágrimas en los bellos ojos de la muchacha. Se acercó a ella, y le puso una mano en un hombro.

—Así es, Irina. La única persona que sabía en Europa las verdaderas intenciones de Carpenter, era Oriana Lualdi —captó el vivo gesto de Carpenter alzando la cabeza, asombrado el gesto—. Carpenter ni siquiera sabía que ella era quien informaría a la CIA de que todo había salido bien. Hemos encontrado en el cuarto de baño de esa mujer un receptor-grabador, escondido en el depósito de agua del inodoro, que siempre estaba vacío. Y junto a la ventana del cuarto que ocupaba Carpenter, un micrófono exterior muy sensible. Ella sabía todo lo que ocurría en el cuarto de Carpenter, os oyó, supo que todo había salido bien, e informó a la CIA. ¿Recuerdas a Giovanni Colegini?

—Sí... Sí.

—Se llama Ransom Owens, es americano, de la CIA. Un... amargado, un resentido de verdad, como quería hacernos creer Carpenter sobre si mismo. El fue a proponerle a Oriana Lualdi que traicionasen juntos a Carpenter, ella se negó, y entonces la mató. Luego, buscó a uno de los nuestros, a Paulovich, y le dijo que quería hablar conmigo. Me lo explicó todo: quería el millón de dólares que pensábamos pagarle a Carpenter, ayuda para escapar de Venecia, un pasaporte... Y además, sólo tengo que llamarlo para que se una a nosotros con un bagaje que supongo no será demasiado importante de información sobre la CIA en Europa. Alan Carpenter sólo quería introducirse en cualquiera de nuestros organismos, preferentemente, del servicio secreto, supongo que con el objetivo de trabajar para la CIA dentro de unos años, cuando ya confiásemos en él. Ésta es la síntesis del asunto.

Una síntesis bastante clara, que Irina Markova tenía que comprender. Y también tenía que comprender que aquello no terminaba allí, tan sencillamente.

—¿Qué...? qué haremos ahora... con Carpenter.

—Matarlo. El sabía que Boris Vetenko iba a morir. Pues bien: ahora sabe que quien va a morir, es él... Pero no tan fácilmente como el buen Boris, te lo aseguro.

—Pero los americanos... Si se enteran...

—Me parece —cortó Tichirian— que los únicos *americanos* que hay en Venecia en estos momentos, son nuestros dos compañeros que he estado esperando que nos enviasen, desde que los pedí anoche, después de encontrar el material en la casa de Oriana Lualdi —señaló a los dos rusos, cuyo perfecto dominio del inglés había engañado incluso a Carpenter—. Una trampa sencilla en la que no confiaba demasiado, pues indudablemente, Carpenter es un agente de gran categoría. Un agente que les vamos a devolver a los americanos a pedazos, después que nos haya explicado todo muy detalladamente. Pero eso será más tarde: ahora tenemos otras cosas que hacer.

—¿Qué cosas?

—Llamaremos al americano Owens, le diré que vamos a pasar a recogerlo con toda su información, y lo llevaremos al helicóptero, para sacarlo de Venecia, por si acaso hubiesen unos cuantos agentes de la CIA. Y cuando hayamos sacado de aquí a Owens, volveré —la

fría mirada de Basili Tichirian se posó en Carpenter—. Atadlo bien. Tichirian fue al teléfono, sacando la hoja del bloc que en la iglesia le entregara Ransom Owens la tarde anterior. Mientras marcaba el número, Nosenko se acercó adonde estaba su ajedrez, destrozado por el manotazo de Alan Carpenter. No dijo nada. Simplemente, recogió todas las piezas, y se las guardó en un bolsillo. Igor Bolonov y Mihail Zekov, que habían salido del salón, regresaron con un par de sábanas que convirtieron en tiras, y con las cuales ataron sólidamente al derrotado espía americano, que parecía incapaz de reaccionar.

Giovanni Colegini... Ransom Owens, de la CIA. Un don nadie, una insignificante pieza del espionaje norteamericano en Europa. ¡Y lo había estropeado todo, cuando tenía convencidos a los rusos! Un miserable agente de quinta o sexta categoría había destrozado los planes que la CIA había estado preparando durante dos años. Y había matado a la pobre *signora* Lualdi... Alguien en quien nadie había pensado nunca, de quien ni siquiera se acordaban de que estaba en Venecia, lo había echado todo a perder. Así es el espionaje.

—Sí —prestó por fin atención a la voz de Tichirian—. Eso es, exacto, señor Owens. Pasaremos a recogerlo ahí dentro de media hora, aproximadamente.

—¿...?

—Por supuesto. Tenemos preparado un helicóptero que estaba destinado a transportar a Carpenter: lo utilizaremos con usted, lo dejaremos donde prefiera. Media hora. Y no olvide todo su bagaje de información.

Colgó, y permaneció en silencio unos segundos, contemplado con expectación por sus hombres.

—Quiero que cada cual vuelva a su puesto —dijo, por fin, en un susurro—. Como si no estuviese pasando nada en Venecia. El único que continuará dos o tres horas más con Bolonov, Zekov y conmigo, será Nosenko, hasta que nosotros hayamos dejado a Owens en el helicóptero. Mientras nosotros estemos fuera, vigilarás a Carpenter, Revaz. Luego, cuando los tres regresemos, también volverás a tu puesto... Ya nos encargaremos nosotros de él.

—Muy bien, camarada Basili.

—¿Yo... yo también tengo que marcharme? —murmuró Irina.

—Sí. Vuelve a tu hotel, recoge tus cosas, y regresa a Roma. Lo he dicho bien claro: cada uno a su puesto habitual. Esto ha terminado. Hasta luego, Nosenko.

Éste se sentó en un sillón, con la pistola en la mano, mirando fijamente a Carpenter... El cual estaba mirando a Irina Markova, que a su vez lo miraba a él, como alucinada. Los demás rusos habían salido ya; sólo quedaba Tichirian, mirando desde la puerta del salón a la muchacha.

—Vamos, Irina —llamó.

Era como si algo estuviese muriendo en la mirada de Irina Markova. Y en la mirada del espía americano. Pero ninguno de los dos dijo nada.

CAPÍTULO XIV

Desde la ventana del pequeño apartamento que había estado ocupando durante casi cuatro años. Giovanni Colegini, esto es, Ransom Owens, estuvo contemplando durante unos minutos el canal sucio y estrecho que pasaba por delante. Acababa de colgar el teléfono, y todavía resonaban en sus oídos las palabras del ruso Basili.

Fin.

Venecia había terminado para él.

Había triunfado, al fin. Lo había conseguido.

Había engañado a los rusos.

Lo sentía por Carpenter, porque era un muchacho simpático de verdad, pero... el espionaje es el espionaje.

Conseguir el actual triunfo le había costado más de seis años. Hacía seis años que, tras muchos fracasos en diversas actividades y profesiones, había visto un anuncio ofreciendo «interesantísimo empleo para personas de recio carácter» en un periódico. Había llamado a aquel número, había concertado una cita y un hombre de modales impecables y sonrisa amable había acudido. Primero estuvieron hablando de muchas cosas, preferentemente de los empleos que Ransom Owens había tenido especulando sobre los posibles motivos de sus fracasos continuados. Finalmente, aquel amable caballero se había sorprendido: ¿cómo era posible que Owens hubiese fracasado, teniendo tanta inteligencia y tanta cultura? Misterio. O quizá era sencillamente que toda inteligencia debe ser aplicada adecuadamente.

Y acto seguido, aquel caballero le había dicho que pertenecía a la CIA. Ransom Owens se había sorprendido. ¿La CIA? Bueno, a él jamás se le había ocurrido trabajar en el servicio secreto desde luego, pero..., ¿qué se perdía por probar?

No se perdió nada, desde luego. Lo llevaron a una oficina y le pusieron delante de un *test* tan largo, tan rebuscado, tan complicado, que precisó dos días, transcurridos prácticamente sin dormir para cumplimentarlo. Le dijeron que quince días más tarde

le darían una respuesta, pues su *test* debía ser estudiado y, finalmente, pasado por una computadora.

Le mintieron. Al día siguiente, el caballero amable de los modales impecables aparecía en su apartamento con una sonrisa aún más amable que la primera vez, y a Ransom Owens le pareció que lo miraba con gran curiosidad.

—Señor Owens —había dicho aquel caballero—, tengo el gusto de informarle que ha sido usted aceptado por la CIA.

—¿Ya? —Se había pasmado Owens—. Me dijeron que...

—Ya. Siempre decimos eso de los quince días. Luego, si el candidato no nos interesa vamos demorando la respuesta hasta que él mismo comprende y se desengaña.

—Creo que entiendo. ¿Y yo les intereso?

—Muchísimo. Encaja usted perfectamente en el tipo de los mejores espías, que son los que a su vez realizan siempre las labores menos vistosas y más ingratas.

—Ahora no entiendo —había sonreído Ransom.

—Se lo explicaré. Hay ese tipo de espías que aparece en las películas, que viven como reyes, que disponen siempre de hermosísimas mujeres. Ya sabe. De ese tipo de agente estamos sobrecargados y como además están pasados de moda, raramente los utilizamos. Los mantenemos en conserva por si alguna vez fuesen necesarios, cosa que cada vez sucede con menos frecuencia. En cambio, los agentes como usted son, hoy día, la base de todos los servicios secretos... que piensen en el futuro. Y como no quiero engañarle, le diré que es un futuro que yo no aceptaría.

—¿Por qué?

—Porque significa pasarse el resto de la vida fuera de la patria. Para siempre. Eso, suponiendo que en determinado momento no le descubran, en cuyo caso, sería eliminado. ¿Qué le parecería a usted pasarse el resto de su vida en Rusia, por ejemplo?

—¿A cambio de qué?

—Ésa es la cuestión —había sonreído el otro—: a cambio de nada. Fíjese bien. Estamos en mil novecientos sesenta y ocho, ¿no es eso? Pues usted no empezaría a dar frutos a la CIA hasta mil novecientos ochenta y cuatro o mil novecientos ochenta y cinco.

—Usted bromea —había sonreído Ransom.

—No. Necesitamos dos años para prepararlo a usted aquí en Estados

Unidos. Luego, tres o cuatro más que pasaría usted en alguna ciudad europea, como agente de la CIA más bien poco conocido, insignificante, una especie de... recadero de poca monta. Su trabajo sería tan vulgar, tan poco importante, tan aburrido que tan sólo para resistir esto ya hace falta tener buen temple de nervios. En total, serían unos seis años como le digo. Luego habría llegado el momento de su... lanzamiento: introducirlo en el espionaje soviético.

—Ya entiendo, ya... ¿Y para qué iban a querer los rusos un agente secreto que parecería valer tan poco como yo?

—La cosa es mucho más lenta. En primer lugar, usted ganaría la confianza de los rusos y se separaría de ellos. Pero sabemos que ellos volverían a buscarle alguna que otra vez para que les hiciese pequeños trabajos o alguna... asquerosidad en la que ellos no querrían ensuciarse las manos. Así, poco a poco, usted se iría haciendo amigo de los rusos y ellos se irían dando cuenta de que usted era más inteligente de lo que habían creído. Finalmente, quizá cuatro o cinco años después de su lanzamiento, se le propondría trabajar en Rusia, o sea, alrededor de mil novecientos ochenta y tres u ochenta y cuatro, usted estaría ya incrustado en el espionaje soviético. Y entonces..., entonces y solamente entonces, usted empezaría a ser útil a la CIA.

—Si lo entiendo bien, ustedes quieren fabricar conmigo un espía programado para comenzar a trabajar de verdad dentro de... quince o dieciséis años..., y qué jamás podría volver a Estados Unidos sin echar a perder toda esa labor.

—Sí, exactamente. ¿Qué le parece?

—Me parece diabólico e inteligente. Acepto.

—Puede pensarlo durante un tiempo, señor Owens.

—No. Acepto. Ya hace tiempo que he aprendido algo muy importante de mí mismo: me alimento con satisfacciones mentales, no físicas; antepongo la labor inteligente, tenaz y consecuente a cualquier otra cosa. Vivir toda la vida encargado de un trabajo como el que usted ha descrito será para mí y para mi mente la mayor de las satisfacciones. Acepto.

Y allí estaba, en Venecia. Habían pasado seis de los quince o dieciséis calculados para que él comenzase a funcionar según lo programado. Pero la primera parte ya había salido bien, ya se había cumplido. Dentro de pocos minutos, por dinero y por resentimiento, consumaría su traición entregando a los rusos un buen lote de informaciones, que en definitiva nada significarían.

Se preguntó si realmente lo sentía por Alan Carpenter. ¿Por qué sentirlo? Cada uno hacía su parte. A Carpenter le habían dicho que tendría que matar a un agente de la CIA en Niza, y él lo había hecho; había sacrificado a un compañero. Pues bien, ahora le había tocado el turno a Carpenter de ser sacrificado. Y por supuesto, Carpenter, como el agente de la CIA sacrificado en Niza, no sabría nunca que, desde el principio, también él había sido sólo una pieza pequeña del juego destinada únicamente a que Ransom Owens, en el momento más conveniente psicológicamente, lo delatase, para ganarse la confianza de los rusos. Así pues, Carpenter moriría con la convicción de que él había sido la pieza mayor, el gran espía, el de más importancia..., cuando no era cierto. Todo, absolutamente todo se había planeado desde hacía seis años para introducir en el espionaje soviético a Ransom Owens, un hombre insignificante físicamente, pero que a partir de mil novecientos ochenta y tres u ochenta y cuatro, empezarla a enviar informaciones a la CIA, demostrando su gran clase cerebral, su recia personalidad y carácter. La víbora en pecho ajeno.

Ransom Owens sonrió secamente, encogió los hombros y fue adonde tenía preparada su maleta. Naturalmente que sabía que los rusos le iban a llamar, porque encontrarían el material que él había colocado en la vivienda de Oriana Lualdi. ¡Pobre mujer! Bien seguro que jamás se le había ocurrido que a su muerte se la designaría como agente de la CIA, cuando en realidad quizá ni siquiera supiese qué era la CIA. Pero, para convencer a los rusos había tenido que recurrir a aquel procedimiento y, simplemente, lo había hecho. ¿Qué importaba una vida más o menos?

Frío, metódico, calculador, magníficamente programado, el insignificante Ransom Owens cogió su maleta y se dirigió hacia la puerta del apartamento.

Allá se detuvo reflexionando. ¿Algún error, algún olvido que podía costarle caro...? Velozmente, su poderoso cerebro lo repasó todo.

No. No había error, todo estaba bien. Les pedirla a los rusos que le dejasen en Istanbul, y desde allá enviaría a su debido tiempo, un breve mensaje a cierto lugar. «Material vendido», diría el mensaje. Y en Washington, ciertos caballeros sabrían que todo había salido bien, y que ya, debían olvidarse de Ransom Owens hasta dentro de diez años.

Abrió la puerta, salló del piso, cerró despidiéndose mentalmente de tan triste y sórdido lugar y bajó a la calle. Cinco minutos más tarde estaba en el lugar de la cita. Y sólo unos segundos después aparecía la lancha en la cual distinguió a Basili y a otros dos hombres desconocidos.

Saltó a la lancha sin decir palabra y el vehículo prosiguió su ruta. Basili Tichirian pasó las manos por el cuerpo de Owens, que frunció el ceño y dijo:

—La pistola está en mi maleta.

—¿Y las informaciones?

—También. ¿Qué ha pasado con Carpenter? ¿Lo han matado?

—Todavía no. Primero vamos a intentar conseguir con su ayuda ese microfilme que debe contener de todos modos algo interesante si querían convencemos con él.

—Sí, claro. Supongo que Carpenter será duro de pelar.

Basili Tichirian se permitió una sonrisa que parecía congelada.

—Por duro que sea, lo pelaremos. ¿Dónde quiere que lo llevemos con el helicóptero?

—Bueno... Yo había pensado ir a Istanbul, por el momento. ¿Me han traído el dinero? —Istanbul está demasiado lejos para llegar con el helicóptero, Owens. Tiene que escoger un lugar más cercano. Allí lo dejaremos con algo de dinero y... ya volveremos a vernos.

—¿Volveremos a vernos? —se sorprendió Owens.

—Sí. En ocasiones la MVD necesita hombres como usted.

—¿De veras? —Se pasmó hipócritamente el espía—. ¿Y para qué necesita la MVD un sujeto como yo?

—Por ejemplo, para cometer asesinatos. ¿Aceptaría?

—No tienen muy buen concepto de mí, ¿verdad? —Mantuvo perfectamente su papel Ransom Owens.

—Juzgue usted mismo. Pero mi opinión sobre usted importa muy poco. ¿Aceptaría cometer algún asesinato por cuenta nuestra?

—Creo que si... No sé.

—Voy a sugerirle que elija Praga como ciudad de destino por el momento —deslizó Tichirian—. Podría estar muy seguro allí y nosotros lo encontraríamos enseguida si le necesitábamos.

Ransom Owens reflexionó dando la apariencia de un pobre hombrecillo que se ve ya imposibilitado de tomar decisiones propias.

—Está bien —suspiró—. Llévenme a Praga. ¿Me darán el millón de dólares?

—No —negó Tichirian—. Pero no le faltará nada, se lo aseguro.

—Ése no fue el trato. Quedamos...

—No hicimos trato concreto alguno —cortó fríamente Basili Tichirian—. Tómelo o déjelo, Owens.

—¿Qué puedo hacer, sino aceptar? —se condolió el insignificante hombrecillo.

CAPÍTULO XV

—¿Aceptaría dinero por dejarme escapar? —había ofrecido Alan Carpenter a Nosenko cuando quedaron solos.

—Carpenter —había replicado el ruso—; estoy haciendo lo posible por olvidar que me ha roto mi juego de ajedrez, hasta que regresen Basili y los otros... No me provoque.

Eso había sido todo, porque el espía americano comprendió. Nada habría satisfecho tanto a Nosenko como entendérselas con él,teniéndolo ten bien atado a un sillón.

Pero muy poco después, cuando hacía apenas cinco minutos que se habían marchado los demás rusos, hasta el salón llegó la llamada a la puerta de la casa. Nosenko había mirado vivamente hacia allí, frunció el ceño. Luego se puso en pie, sacó la pistola y salió del salón.

Regresó enseguida, acompañado de Irina Markova, que dirigió una tímida mirada a Carpenter.

—Está bien —refunfuñó Nosenko guardando la pistola—, recoge eso que has olvidado y márchate.

—Sí... Sí. Es mi bolso. Lo dejé en la cocina cuando...

—Acaba ya.

Irina asintió con la cabeza y se fue en dirección a la cocina, seguida por la mirada de Carpenter, que notaba el violento latir de su corazón; le parecía tenerlo en la garganta. El esfuerzo por parecer impasible era tremendo, casi doloroso.

Miró a Nosenko, por si éste le miraba a él, y, quizá estaba adivinando sus pensamientos, sus deseos, mejor dicho. El ruso le estaba mirando en efecto, muy atentamente, de pie junto al sillón que había estado ocupando. Y, al parecer, todos los esfuerzos de Alan Carpenter fueron vanos, porque una extraña luz, un destello vivo de alarma comenzó a brillar en los ojos de Revaz Nosenko. De pronto, como comprendiéndolo todo, respingó y comenzó a volverse hacia la puerta que conducía a la cocina llevando la mano hacia su pistola.

Desde aquella puerta, pálida como si estuviese muerta, con el brazo

derecho estirado sosteniendo la pistola con silenciador, Irina Markova disparó.

Plop.

Nosenko lanzó un alarido, giró como una peonza y se desplomó de bruces. Sacudió la cabeza, apoyó las manos en el suelo y comenzó a incorporarse.

Plop. Volvió a disparar Irina Markova.

El espía ruso pareció recibir una descarga eléctrica, se crispó..., y súbitamente volvió a caer quedando inmóvil.

Alan Carpenter apartó su mirada de él para fijarla en Irina.

—Desátame —jadeó—. ¡Pronto, Irina, pronto!

Ella guardó la pistola en el bolso, se acercó y lo desató con manos temblorosas. Alan Carpenter se puso en pie, se quedaron mirándose. La barbilla de Irina comenzó a temblar y Alan la abrazó fuertemente.

—Tenemos que marchamos enseguida de aquí, mi amor. ¿Sabes dónde está el helicóptero que tiene que llevarse a Owens?

Irina asintió con movimientos de cabeza. Alan la apartó.

—Tenemos que llegar allá cuanto antes. Robaremos una lancha cualquiera. Irina, no sé lo que va a ser de nosotros, pero tengo que matar a ese hombre. ¡Tengo que matarlo, aunque me cueste la vida a mí mismo y a ti! ¿Lo entiendes, mi amor? ¡Tengo que matarlo!

—Sí —tartamudeó ella—. Sí, sí, sí, lo... lo entiendo...

Carpenter le tomó el rostro entre las manos, sonrió y la besó en los labios. Luego le quitó el bolso, sacó de él la pistola y se la guardó en un bolsillo interior de la chaqueta. —No podemos perder ni un segundo— dijo.

CAPÍTULO XVI

—Creía que el helicóptero nos estaría esperando —dijo el insignificante Ransom Owens, después de contemplar en silencio el paso de un avión.

—No nos pareció prudente. Está dando vueltas por los alrededores del aeropuerto, como haciendo pruebas de vuelo. En la próxima vuelta nos verá y aterrizará aquí.

—Está bien.

Estaban en la costa, muy cerca del aeropuerto Marco Polo. Cuando vieses el helicóptero abandonarían la lancha Tichirian, Owens y Bolonov dejándola al cuidado de Zekov, y caminarían hacia tierra firme, al encuentro del helicóptero, Ransom Owens subiría a bordo y el piloto recibiría instrucciones definitivas de Tichirian. El helicóptero partiría rumbo a Praga y ellos regresarían a Venecia a entablar «negociaciones» con Alan Carpenter sobre el microfilme antes de matarlo.

Porque desde luego, Basili Tichirian quería matarlo. No era un asesino, pero cuando pensaba en Carpenter recordaba también al guapo y simpático Boris Vetenko, y entonces le parecía que toda la sangre de su cuerpo se le acumulaba en la cabeza, hirviendo. Sí, mataría a Alan Carpenter con sus propias manos.

—Me parece que ahí llega —señaló Mihail Zekov hacia el cielo.

Los demás vieron el helicóptero acercándose. Tichirian señaló tierra adentro, saltaron de la lancha y comenzaron a alejarse. Habían estado tan pendientes de la aparición del helicóptero todo el tiempo, que ninguno se había fijado en una lancha que había llegado muy poco después que ellos, unos cuatrocientos metros más allá y que había desaparecido en los salientes de la costa.

En cuanto a Ransom Owens en particular, en aquellos momentos estaba demasiado emocionado para pensar en nada. Simplemente, lo había conseguido. Había conseguido la parte más difícil: introducirse. Luego, durante algunos años tendría que ganarse la confianza completa de los rusos, pero eso no era propiamente difícil, sino lento, laborioso. Había que ser muy cauteloso, muy

astuto, pero era sólo cuestión de tiempo. Sabía muy bien cómo tenía que hacer las cosas.

Seguían caminando tierra adentro mientras el helicóptero comenzaba a descender un poco más alejado. Los tres hombres caminaban con la mirada hacia lo alto, siempre fija en el aparato. Un pequeño error humano muy comprensible.

Cuando el helicóptero se posó en tierra, ellos estaban sólo a unos cuarenta metros.

Ransom Owens caminaba deprisa, ligero. Ni siquiera tenía el peso de la maleta para afirmarlo un poco al suelo, pues se había quedado en la lancha para que Tichirian se la llevase de regreso a Venecia y le diese curso desde allí al jefe de Roma, quien se encargarla de que toda la documentación llegase directamente a Moscú.

Si. Ransom Owens Caminaba deprisa, ligero, alegre en su interior. El no necesitaba a Estados Unidos para nada. No necesitaba a nadie, no necesitaba nada. Le bastaba su gran satisfacción íntima de saber lo que estaba haciendo utilizar la inteligencia, vivir intensamente por dentro, él solo...

Así caminaba Owens, tan satisfecho íntimamente, cuando recibió el balazo en la sien izquierda. Toda esa parte de su cabeza reventó en un surtidor rojo y amarillo, salpicando piel, carne, pedacitos de hueso y masa encefálica hacia el cielo, mientras giraba velozmente y caía cara al cielo, ante los pies de Igor Bolonov y Basili Tichirian, que durante un brevísimo instante, que pareció una eternidad, quedaron como petrificados mirando sin comprender, como fascinados por el horrible aspecto de Ransom Owens cuyos ojos, desorbitados, miraban hacia el cielo gris, blanquecino, henchido de lluvia en la fría mañana.

El primero en reaccionar físicamente fue Igor Bolonov, sacando su pistola y volviendo la cabeza hacia donde intuía que tenía que estar quien había disparado, a su izquierda, entre aquellos arbustos y algunas peñas. Pero el primero en reaccionar mentalmente fue Basili Tichirian, que gritó:

—¡No, Igor!

Bolonov se desconcertó, pero vio a Tichirian echarse al suelo y le imitó rápidamente. Sin embargo, nada sucedió, ni nada habría sucedido porque el oculto tirador había hecho una promesa: sólo dispararía contra Ransom Owens, salvo que, posteriormente, tuviese

que defenderse.

El helicóptero comenzaba a elevarse, pues sin duda el piloto había comprendido lo que ocurría y opinaba que lo mejor era marcharse; pero Tichirian hizo frenéticas señas y el aparato volvió a quedar en tierra firme.

—Igor —dijo Tichirian con la cara pegada de nuevo al suelo—, vamos al helicóptero.

Desde él podremos dominar mejor la situación.

—Empieza a correr —asintió Bolonov—. Yo te cubro.

No hubo necesidad de ello. Tichirian llegó corriendo al helicóptero y Bolonov lo hizo pocos segundos después. El piloto los miraba a los dos y Tichirian ordenó, jadeando:

—¡Arriba! ¡Hacia la costa..., tienen que estar... hacia esa parte...!

El helicóptero ascendió rápidamente, tomando ya la dirección ordenada. Y, en efecto, enseguida vieron a los dos fugitivos, que corrían cogidos de la mano, hacia la costa.

Basili Tichirian emitió un gemido al identificarlos.

—¡Oh, no...! ¡No! ¡No! ¡No...!

Igor Bolonov estaba lívido.

—Han debido matar a Nosenko —indicó.

—Ella no —movía la cabeza Tichirian, desenchajado el rostro—. Ella, no. ¡Irina, no!

—¿Qué hago? —preguntó el piloto.

—Vamos a por ellos —dijo Bolonov—. ¿No es así, Basili?

—Sí. Sí. Pero no... no dispaes contra Irina, Igor.

—Tienes que entenderlo. Ha sido ella quien ha matado a Nosenko y quien ha libertado a Carpenter. Las cosas no pueden haber ocurrido de otro modo. Dispara tú contra Carpenter. Yo me encargaré de la camarada Irina.

Los veían cada vez mejor, con una nitidez terrible. Los dos corrían cuanto podían, como si no pudiesen comprender que era inútil competir con un helicóptero. Alan Carpenter volvió y alzó la cabeza y vieron su gesto crispado, su mueca de desesperación. El helicóptero estaba ya casi encima de ellos, a menos de diez metros de altura, cuando el espía americano se detuvo y comenzó a apuntar hacia él, extendido el brazo, perfecto el pulso. Irina Markova corrió unos pocos metros alejándose de Carpenter, pero se dio cuenta de que él no seguía corriendo hacia la costa, y regresó a

su lado a toda prisa. Por el movimiento de sus labios, los rusos comprendieron que estaba llamando a gritos a Carpenter, pero éste parecía no oírla, o no quería oírla, porque comprendía que no había más remedio que afrontar la difícil situación.

Difícilísima.

Pero, súbitamente, Basili Tichirian comprendió que la situación no era difícil sólo para el espía americano, sino también para ellos mismos. Porque viendo los ojos de Alan Carpenter, supo lo que éste pretendía realmente con aquella parada, con aquel enfrentamiento que parecía un suicidio del americano.

—¡Igor! —comenzó a gritar—. ¡Carpenter quiere...!

Eran demasiadas cosas para atender a la vez. Bolonov, que se reservaba para disparar contra Irina Markova fue el menos culpable en realidad: el aviso le llegó muy tarde; en realidad ni siquiera llegó a comprenderlo. Tichirian sí sabía lo que iba a hacer el americano, pero ya no tenía tiempo de nada: ni de precipitar el disparo, ni de acabar de advertir a Bolonov, ni de dar al piloto la orden de que se elevase inmediatamente.

Tiempo de nada.

Vio abajo, en la mano de Alan Carpenter el pálido destello del disparo y simultáneamente el parabrisas del helicóptero se convirtió en una lluvia de diminutos fragmentos de cristal, mientras el piloto lanzaba un extraño grito, como un rugido ronco, y soltando los mandos se llevaba las manos a la garganta. Basili Tichirian miró al hombre y vio sus manos llenas de sangre. Mientras tanto, el helicóptero se colocó de lado primero, giró y se precipitó hacia el cercano suelo.

El grito de Igor Bolonov se interrumpió bruscamente cuando el aparato llegó al suelo y estalló en una bola de fuego.

La onda expansiva, ardiente, derribó a Alan Carpenter y a Irina Markova, que llegaba entonces junto a él. Los derribó como envueltos por una esfera metida en un homo, los hizo rodar varios metros y luego, la esfera, estalló y desapareció.

Carpenter se puso en pie, vacilando, dio un par de pasos, cayó de rodillas y se quedó mirando el helicóptero, que estaba rodeado de fuego y de humo.

—Mario... Mario...

Volvió la cabeza y vio a Irina Markova cerca de él, de rodillas,

mirándole, tendiéndole los brazos. Corrió hacia ella, la puso en pie y cuando fue a hablar, de su boca sólo brotó una especie de gemido ronco. Señaló entonces hacia la costa, abrazó por la cintura a Irina y comenzaron a caminar hacia donde habían dejado la lacha robada en uno de los pequeños canales venecianos.

Y al mismo tiempo, Mihail Zekov aparecía corriendo como enloquecido hacia el helicóptero. Corría tanto y tan enloquecido, que cuando vio a Irina y a Carpenter, éstos se habían detenido de nuevo y lo miraban. Estaban a unos treinta metros uno de otros, y lo que siguió pareció una grotesca escena de cine mudo.

Primero, Zekov quedó paralizado por la sorpresa. Luego, miró hacia el helicóptero, de nuevo hacia Irina y Alan. Y de pronto, sacó rápidamente su pistola, clavó la mirada en Alan Carpenter...

Plop, disparó el espía americano.

ESTE ES EL FINAL

WASHINGTON

—... Luego, como sabía que ya no quedaba ningún ruso en la lancha, Irina y yo fuimos allá y recuperé el equipaje de Ransom Owens que contenía toda la información que entregó a los agentes de la CIA, a los que nos entregamos Irina y yo cuatro días más tarde en Milán. Dos compañeros y yo fuimos directos a París. Allí nos estaban esperando otros compañeros, que ya se habían hecho cargo de Irina. Y aquí estoy.

Eran seis hombres los que estaban escuchando una vez más la explicación de Alan Carpenter. A tres de ellos ya los conocía. Los otros eran nuevos para él, desconocidos. Los seis le miraban fijamente y en silencio, como si hubiesen decidido no hablar jamás. Pero por fin, uno de ellos murmuró:

—En resumen: que usted fue quien mató a Ransom Owens.

—Sí señor, yo maté a ese maldito traidor. Le metí una bala en la cabeza, justo en la sien. Pero lamentablemente, ya no podía seguir adelante con mi misión. Lo siento.

—Tómeselo con calma, muchacho —consiguió sonreír uno de los tres que no conocía—. Usted hizo lo que pudo. Ahora le conviene descansar. Naturalmente, le buscaremos un lugar adecuado para ello y para que esté bien protegido durante algún tiempo.

—Gracias, señor. ¿Y respecto a Irina? Ella está esperando afuera la decisión de ustedes.

—¿Qué decisión nos sugiere usted?

—No sé. Tomen la que consideren mejor, teniendo eh cuenta que nada ni nadie podrá apartarme de ella.

—¿Quiere decir que pretende casarse con ella?

—Quiero estar con ella durante el resto de mi vida.

—Entiendo. Y no podemos negarle eso, muchacho. Lo arreglaremos. De momento, por supuesto, puede llevársela al lugar donde esperamos que se reponga pronto de esta última misión. Naturalmente, después de esto, ya habrá comprendido que ha

quedado... inutilizado para el espionaje, Carpenter.

—Es un disgusto que podré soportar —sonrió el espía americano—. ¿Necesitan algo más de mí?

—No. Espere afuera, y antes de una hora esperamos haber decidido cuál será su residencia durante un tiempo. Buena suerte, Carpenter.

—Gracias. Gracias a todos.

Alan Carpenter salió del despacho situado en uno de los pisos del edificio de la CIA en Langley, y los seis hombres que se quedaron allí permanecieron en tenso silencio hasta que uno de ellos masculló:

—De manera que fue el propio Carpenter quien nos mató al verdadero hombre para mil novecientos ochenta y cuatro... ¿No tiene su pizca de gracia, caballeros?

—Yo no la veo por ninguna parte. Ese estúpido ha destrozado seis años de trabajo. Y a cambio de ello, tendremos que sonreírle y elogiarlo, pasarle una pensión... Era él quien debía haber muerto, no Ransom Owens.

—¿Se atrevería a decirle eso a Carpenter? —sonrió otro.

Hubo una serie de secas sonrisas. Luego, otro de los caballeros deslizó suavemente:

—¿Y saben ustedes lo que ha fallado en unos planes tan meticulosamente preparados durante tanto tiempo? Pues el elemento humano. Esa rusa, esa Irina Markova. Ella no lo sabrá nunca, pero al ayudar a Carpenter, asestó a la CIA el más tremendo golpe que podíamos recibir.

—Paradójico —dijo otro—. Y a cambio, también a ella tenemos que sonreírle, admitirla, dejar que se case con Carpenter. Paradójico. Nos han destrozado seis años de trabajo entre esos dos, y ellos deben sentirse la mar de satisfechos e importantes.

Afuera, en el antedespacho, Irina Markova se había puesto en pie al ver salir a Carpenter, que fue hacia ella, la abrazó y la besó en los labios.

—¿Qué... qué han dicho? —se interesó ella enseguida.

—No te preocupes. Me deben demasiado para negarme nada. Todo ha terminado para mí en el servicio secreto, pero a partir de ahora sí que podré dedicarme a vivir eternamente contigo.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...